

Año XXXI.

Madrid, Jueves 7 de Septiembre de 1911.

Núm. 36.

Las escuelas laicas

Ahora nos ha dado á los republicanos por la enseñanza, y es de aplaudir: por muchas escuelas que haya, siempre serán pocas. Enseñanza laica, claro es: «nada de hablarle de religión al niño; eso corresponde á la familia».

Muy bien; pero ese niño á quien no se le habla de religión en la escuela, le hablan de ella en su casa, ya la madre, ya la abuela, ya la tía... Y como está prevenido, acepta lo que le dicen los seres que ama, y poco á poco llega á parecerse en esto á los niños educados en colegios clericales.

¿Que los conocimientos científicos de la escuela neutra contradicen las ideas religiosas que en su casa le inculcan? Nada menos cierto; el niño, á la edad en que se le embute la religión, no está en condiciones de digerir ideas científicas. Eso viene más tarde; cuando ya está cogido, y tiene que sostener para desasirse una lucha en que lo mismo puede sucumbir que triunfar.

Hay que admirar todas las iniciativas generosas, apoyar todos los propósitos rectos, pero hay también que estar siempre dentro de la realidad; y la realidad aquí, es que la única arma eficaz que podemos esgrimir contra nuestros enemigos la mantenemos cuidadosamente enfundada, mientras ellos nos acometen con todas, hasta con las prohibidas. Y luchar en estas condiciones será muy heroico, pero muy cándido.

Y al par que admirar las iniciativas generosas, debemos salvar las intenciones plausibles. Republicanos hay que sostienen muy calurosamente, que el mejor camino para traer la República es la instrucción. Guárdeme el cielo de negarlo, aun cuando bien pudiera, con ejemplos sacados de la historia de casi todas las repúblicas establecidas en el mundo. Mas confieso que me cuesta un poquito reconocer que todos los republicanos actuales somos unos ignorantes, y por esto no estamos en República. Yo lo atribuía á otras causas; mas, por lo visto, estaba equivocado: fuéramos instruídos, y la República habría venido ya, sin tener que apelar á procedimientos de violencia como en Portugal. En pleno idilio. No por la fuerza, como se restauró la monarquía en España.

Desde que me he enterado de que

debemos instruir á los niños, no sólo por deber, sino para que de paso nos traigan la República, siento algo parecido al sonrojo; encomendar á los nietos lo que debimos haber realizado los abuelos! Pero, en fin, me consue'lo pensando en que, cuando la veamos establecida por su esfuerzo, podremos repetir á coro con el Romancero:

Si no vencí reyes moros,
engendré quien los venciera.

En alguno de los instantes de aburrimiento en que me pongo á buscar explicación á cosas que para mí no la tienen, he llegado á pensar si este afán por la instrucción provendrá en nosotros de un remordimiento: «ya que no les hemos traído la República, instruyamos á los niños. El haber faltado á un deber, no implica que debamos faltar á todos.» No hay para qué encarecer lo desinteresado de esta resolución: mientras más instruídos los niños, mejor comprenderán mañana lo danzantes que fuimos; más desprecio les inspiraremos.

Esto se llama aplicar nosotros mismos la penitencia á nuestro pecado. ¡El desprecio póstumo! No fué más allá el fraile aquel que manifestó al morir el deseo de que colocaran su cadáver en el dintel de la puerta del templo, para que fuera pisado eternamente por los fieles. ¡Si sabría el hombre lo pecador que había sido!

Otras veces sospecho que lo hacemos para ver si así logramos disculpar ante nuestros propios ojos nuestra flaqueza, ó para creer que hacemos algo; algo más que celebrar manifestaciones y *mitins* revolucionarios, con el mayor orden, fabricar jefes á destajo, y esperar pacientemente á que el maná republicano nos caiga del cielo. Pero siempre acabo por desechar esta idea: si tuviéramos conciencia perfecta de nuestra incapacidad revolucionaria, no seríamos en ocasiones tan ridículamente jactanciosos.

Pienso á veces también, que en esto de las escuelas nos ha sucedido lo que en todo: que nos hemos quedado á medias (la característica del partido hace tiempo.) Se nos ocurrió arrancar al niño de las garras de la Iglesia, pero nos faltó valor para llegar á las últimas consecuencias. De aquí lo falso de nuestra situación actual. Y para esto, francamente, hubiera valido más seguir como estábamos: sosteniendo que sólo con la República podríamos instruir cumplidamente á los niños. Nada tan fácil como mantenerse en la borrosa penumbra de la Verdad aceptada y legalizada, lo mismo en lo religioso, que en lo moral,

que en lo político. Esto es preferible á intentar la protesta sin valentía. Mejor es abstenerse de ejecutar una acción cualquiera, buena ó mala, que hacerla á medias. Quienes así obran, quedan en la situación de la mujer aquella que se dejaba profanar de todos modos, pero se negaba pudorosamente á consumir la suerte suprema. «¡Oh no, eso no; todo menos eso!» ¡Y se creía honrada!

La idea de crear escuelas laicas es excelente: no así su desarrollo. Ir contra la Iglesia sin atacarla en todo momento y en todas las formas, es táctica que escapa á mi comprensión. Alguien dijo hace siglos, que cuando se desenvaina la espada contra Roma, es para no dejarla descansar, ni envainarla hasta conseguir el triunfo. Ese alguien conocía bien la Iglesia.

¿Que no conviene herir de frente las creencias ajenas? No hay otro procedimiento para imponer las propias. Y aunque lo hubiera, no deberíamos emplearlo los que sostenemos que los males de España exigen pronto remedio.

¿Que poco á poco se va lejos? Esa frase pudo ser exacta cuando no había otro medio de trasladarse de un punto á otro que el coche de San Francisco; no hoy, que se puede ir lejos con velocidad de automóvil.

¿Que cuando no se puede segar, se espiga? Argumento inadmisibile, al que puede oponerse este otro: para poca salud, ninguna; pues de aceptarlo como bueno, deberíamos los republicanos ingresar en la monarquía para empujarla hacia la democracia: no sería *el todo* para nosotros, pero sí *la parte*; la espiga, vamos.

Otra pregunta que me hago á menudo, sin acertar á contestarme:

¿En favor de quien se prohíbe hablar en las escuelas laicas de la cuestión religiosa? Los padres que mandan á ellas sus hijos, demuestran por este solo hecho que no son amigos de la religión; luego no puede ser por ellos... ¿En favor de quien, entonces?

¿Que ocupándose de religión en ellas, tendrían razón los clericales para calificarlas de *escuelas sin Dios*? Aparte de que ya lo hacen, ¿qué importaría, si á lo que debemos aspirar es á que las llamen *escuelas contra Dios*? Porque esto deben ser; y no siendo esto, casi no son nada: todo lo que en ellas puede enseñarse á los niños, lo aprenderían en cualquiera otra.

Escuelas contra Dios, sí; esto deben ser las nuestras. No de ese Dios forjado por los filósofos, hambriento de bondad

y de belleza, que no supieron hallar en el Universo y lo hicieron venir de fuera mucho antes de que los sacerdotes hicieran bajar á Cristo; no de ese Dios que era justo, benéfico, enemigo del mal, amigo del hombre, recto en sus juicios, equitativo en sus actos... No; de ese Dios, no. ¿Quién discutiría un Dios así?

¿Pero ¡ay! donde está ese Dios? ¿Acaso no lo han matado y enterrado los sacerdotes de todas las religiones, levantando sobre El la estatua y la idea de los dioses de ahora, únicos que moran en los cerebros religiosos?

¿Qué Dios es ese que presentan á la adoración de la Humanidad, injusto, cruel, soberbio, autor de todo mal, fautor de toda iniquidad, protector de toda injusticia, aliado de todos los tiranos, aplastador del inocente y exaltador de sus favoritos?

¿Y de ese Dios inhumano, sembrador de odios, ídolo de los dominadores y los malvados; de ese Dios con que el niño va á tropezar á cada paso en su vida aunque no entre en un templo, pues lo verá en el rótulo de las leyes, en el cuño de la moneda, en las interjecciones del lenguaje, en la superstición ambiente, en todo, en fin; de ese Dios es del que no hay que hablarle al niño en la escuela, ni aun para prevenirle contra las asechanzas de los que viven engañando, explotando, matando la Humanidad en su nombre, llámense budistas, llámense mahometanos, llámense católicos, llámense protestantes?...

Y de la religión dominante en España ¿por qué no hablar tampoco á los niños? ¿Es que no va á influir en su vida, es que no influye desde que nacen? Ella deshonra á su madre, calificándola de ramera, si se ha casado civilmente; ella le llama á su padre, diciendo que el ser liberal es peor que ser ladón, incendiario y asesino; ella destruye la familia que el Estado consagra, haciendo que el niño mire como á seres malvados á los mismos que debe la vida; ella lo incita al parricidio, ordenándole que delate á su padre y su madre si sospecha que incurrir en herejía; ella arranca la hija del hogar para sepultarla en el convento; ella dice con San Jerónimo: «¡Aunque tu mismo hijo pequeño se colgase á tu cuello; aunque con los cabellos oxarizados y los vestidos desgarrados tu madre te mostrara el seno que te había alimentado, y aun tu mismo padre se atravesara en el dintel de la puerta para por encima de él, *percalcatum perge patrem*, y con los ojos secos vuela á asistarte bajo el estandarte de la cruz! En estos casos el verdadero carácter del piadoso es la crueldad... ¡Cuántos monjes por haber tenido compasión de su padre y de su madre, han perdido su alma!; ella, en fin, hace que la sociedad mire como á un paria y como á un perverso al niño que no fué puesto bajo su dominio al nacer.

¿Y no ha de hablarsele ni una palabra

de esa religión al niño en nuestras escuelas, excitándole á que trabaje por hacerla desaparecer cuando sea hombre, á fin de redimir de su pasado yugo á los niños del porvenir, y que no se vean deshonrados en su madre, ni famosos en su padre? Los primeros á quienes primeramente se les ocurrió eso de que en las escuelas laicas no se hablara de Dios ni de religión, ó se equivocaron, ó si vieron indirectamente á la Iglesia. ¿Por qué no rectificar nosotros su opinión?

Una de dos: ó estamos convencidos de que la religión es un mal, mortal y contagioso en todo tiempo y en toda edad, ó no lo estamos. Si no creemos que es un mal, huelgan las escuelas laicas: sin ellas se hicieron las revoluciones pasadas, y por hombres salidos precisamente en su mayoría de seminarios y noviciados, y ahitos de catecismo. Pero si creemos que es un mal, y terrible, ¿á qué guardarle ese respeto?

Y no basta decir que el niño imbuído en principios científicos queda curado; no: habían de ser todos Aristóteles, y aun necesitarían de ayo en la aplicación de aquellos principios.

O ro punto.

¿Qué valor pedagógico religioso han de tener nuestras escuelas? He aquí el cogollo del problema, que yo resuelvo en esta forma.

Para el niño que entre en ellas enfermo del ataque religioso, han de ser un centio *curativo* de la dolencia y preventivo de las recidivas. Para el que entre sano y libre del virus, han de ser profilácticas, vigorizando la inmunidad. ¿Y cómo conseguir ambos objetos, sino hablándole constantemente al niño del mal religioso, de la sífilis clerical, sin falsos pudores, sin temores cobardes, sin consideraciones criminales?

Insisto en la idea. Sin la especialidad de ir contra el Dios ese y la religión esa, y demostrar los absurdos de todas, ¿qué objeto tendrían las escuelas laicas? No pueden competir con las clericales, ni aun con las oficiales, en la parte material; no cuentan, por falta de medios, con los profesores necesarios; algunos de éstos se ven coartados á lo mejor en sus iniciativas por los prejuicios ó las emulaciones de los señores de la Comisión de Enseñanza, hombres de buena voluntad, pero ayunos generalmente de ciencia pedagógica; resultando de todo este conjunto de deficiencias, que esas escuelas son, en la generalidad de los casos, la manifestación de un buen deseo que debemos apaudir, alentar y ayudar, aunque sin renunciar á encauzarlo. Y no hay otra manera eficaz de conseguirlo, sino levantando el veto que sobre ellas pesa en el punto religioso.

De no hacerlo, seamos sinceros, resultaría mucho mejor enviar los niños á las escuelas clericales, y contrarrestar luego en el hogar la influencia de las ideas religiosas que les sugirieran. Verdad que para esto sería preciso que sus padres sintiesen hondamente las contra-

rias, y que además tuvieran en su casa autoridad bastante para imponer selas á toda su familia, cosa que no suele ocurrir. A pesar de esto de no tiranizar las conciencias, muchos de los que pasan por anticlericales permiten que su mujer y sus hijos se entreguen moralmente al cura, introduciendo en el hogar un dualismo que llega á hacer imposible á veces la vida de familia.

Si creen con esta aparente tolerancia disculpar su falta de convicción ó su carencia de energía, no me parece mal; hay quien busca coartadas hasta para justificar virtudes. Mas si lo hacen por suponer que la tolerancia con las ideas ajenas es una virtud, piensen que en el campo de la democracia es forzoso luchar contra todas aquellas que representan atraso, privilegio, tiranía; y luchar como luchan por las suyas aquellos á quienes combatimos: constantemente, duramente, implacablemente.

Y concluyo, que ya es hora, diciendo en confianza y en estilo familiar:

No puedo remediarlo, pero esto de la neutralidad de las escuelas laicas me produce un efecto parecido al que experimento cada vez que celebramos una manifestación ó un mitin, y lo primero que recomendamos es el orden. Bueno es que lo haya, no sólo por educación cívica, sino por evitar que nos adormecen en caso contrario la cabeza con algún chichón antiestético. ¿Pero encarecerlo luego? ¿Pero al barnos de que haya ocurrido? Esto no lo comprendo; me explicaría mejor que lo lamentásemos.

Si el nuestro fuera un país donde los gobiernos atendieran á la opinión y respetaran el derecho, muy santo y muy bueno; pero, siendo á la inversa, creo que acaso sería más eficaz mitinear y manifestarnos sin tanta *europización*; palbra, dicho sea de pasadita, de que vamos abusando ya mucho, y que no expresa precisamente el concepto del orden, según acababan de enseñarnos y ver los hue guistas ingleses, y los franceses hace poco.

Como advertirán mis lectores, charla que te charla he ido más allá de donde me proponía, que era sólo esto: emitir la opinión, que he tenido siempre, de que en las escuelas laicas debe haberse á los niños de Dios y de religión, pero todo lo mal posible (lo cual no excluye la corrección en la forma).

Y como sospecho que lo he dicho, aunque inconexamente, imito á Blas, y punto redondo.

JOSÉ NAKENS

Sembrador de ideas

Siempre que juzgué beneficiosa una idea para el partido republicano, la lancé sin preocuparme de si encontraría eco ó no. «Ya lo encontrará si es buena», me decía, y continuaba mi camino.

En los tres años últimos he lanzado tres veces la idea, expuesta por mí hace

muchos más de que se organizase autónomamente cada provincia y se entendiesen todas las cosas, única manera de acabar con el horrible desconcierto en que estamos. Y lo de otras veces: silencio absoluto.

Júrguese, por lo tanto, cuán grande no habrá sido ahora mi alegría al enterarme de que los republicanos de la provincia de Cáceres, reunidos en Asamblea, se han declarado autónomos, prescindiendo de toda jefatura, y nombrando un Directorio que actúe como Junta soberana, sancionando toda iniciativa y procediendo a organizar las fuerzas de partido, para coadyuvar por todos los medios a la venida de la República.

Tengo tal seguridad de que tarde o temprano todas las provincias harán lo mismo, que no creo necesario encarecer la influencia decisiva que tiene ese acuerdo en el porvenir del partido; y por esta razón, me limito a felicitar a los republicanos de la de Cáceres por haberlo tomado.

Y como no he querido nunca, y menos ahora, desempeñar en el republicanismo otro papel que el de sembrador de ideas, dejo a los demás el cuidado de cultivar esa bien, para que no se malogre la gran cosecha que promete. Yo continuaré dedicado a mi ruda labor anticlerical, que sólo produce disgustos a granel, emanados de frailes, curas, beatuchos, Estropajosos y Ponces de León.

Cunde la idea

El pueblo ha de disciplinar a los jefes

Se trata de construir fuertes organizaciones locales, autónomas, apartadas de perniciosas jefaturas, sin acatamiento alguno a ídolos de condición tan frágil que se quiebran y se anulan entre sí en cuanto se rozan levemente. Se trata de que los republicanos consigan por su litérrima voluntad y por su conservador instinto, lo que no han logrado conseguir los pretendidos caudillos a pesar de sus buenos deseos. Se trata de un sistema de «federación», de un partido único, de una fuerza única, formada con el conjunto de todos los partidos locales, de todas las fuerzas locales, de todas las agrupaciones sometidas al imperativo de una conciencia netamente republicana. Se trata, en resumen y como el propio colega dice, de hacer la unión de abajo a arriba, ya que resulta imposible hacerla de arriba a abajo, como se ha efectuado en otros países, Portugal entre ellos.

(La Voz de Guipúzcoa)

El testamento de Costa

Uno que declara

Zaragoza 1.º—El notable literato orensano Manuel Bascós, autor de «Las tardes del sanatorio», y discípulo predilecto de D. Joaquín Costa, ha hecho pú-

blica una carta, en la cual, habiendo leído el testamento político del «Solitario de Graus», dice lo siguiente:

«No sé que el grande hombre haya dejado tal testamento, ni aun lo creo probable. Hace testamento quien ha documentado o, por lo menos, reservado una parte de su caudal; pero Costa lo dió todo en vida, y ahí queda en una obra admirable y dilatada. Me hace gracia el espectáculo de un país de sordos pidiendo más palabra. El testamento político de Costa, como los Mandamientos de la Ley de Dios, puede cerrarse en dos. Recuérdese la frase del maestro: «Los labios me duelen de tanto hablar y las manos de no hacer nada».

Con perdón del Sr. Bascós, los informes de EL MOTIN no coinciden del todo con las creencias que manifiesta el eximio orense, y conviene no confundir los términos: Se trata del *testamento*, pero no precisamente de «testamento político».

Y caro está que las manos de Costa no debieron llevar su «no hacer nada» hasta el extremo de no hacer siquiera un testamento, que sería ya el colmo del *far niente*.

Debe advertir también el Sr. Bascós, que no son precisamente los sordos los que piden la *palabra testamentaria*, sino que son los que oyeron *perfectamente al solitario de Graus*; y entre estos clamores los hay de algunos a quienes les duelen más las manos de *hacer*, que los labios de *hablar*.

Si, amigo Sr. Bascós: en España ni todos los labios están abiertos ni todas las manos están paradas, aunque desde Graus parezca otra cosa.

Los sordos a quienes debe referirse el escritor, son precisamente los que *no piden* el testamento, ni quieren oír hablar de él.

Y puestos los puntos sobre las fes del Sr. Bascós, le preguntamos:

¿Está seguro de que no hay tal testamento de Costa? Y en caso afirmativo ¿nos haría merced de las pruebas para calmar las angustias de los impetinentes que se empiezan en lo contrario?

Y seguimos preguntando:

¿Que nos cuenta del testamento el distinguido hermano de D. Joaquín?

Precisamente lo preguntamos por esto:

Porque D. Joaquín tenía dos familias: una corporal, y otra espiritual.

Y con alguno de estos hermanos espirituales D. Joaquín habló, no mucho tiempo antes de morir, de sus propósitos de testamento, etc.

Por lo cual seguimos sosteniendo la pregunta:

¿Qué hay del testamento de Costa?

Rogamos al Sr. Bascós que no nos venga con quites para desviar la cuestión.

Podría ser que en la admirable y dilatada obra pública de Costa, no estuviera todo su caudal.

En fin, Sr. Bascós; su buena voluntad es apreciable; pero su testimonio no es convincente ni terminante.

A ver si aprende algo más que «creencias» en lo concerniente a testamento de Costa, mientras nos prepara sus informes su señor hermano D. Tomás.

¿Qué hay del testamento de Costa?

Y para EL MOTIN, más claro: ¿de dónde se ha sacado el entierro eclesiástico de Costa? ¿De su voluntad, o de la ajena? En el primer caso, de cual voluntad, ¿de la primera o de la última?

Más claro aún: ¿fue una farsa el *rugido anticlerical* de Costa, o fue una farsa su *entierro clerical*?

Necesitamos defender a Costa de toda tacha de cobardía. Queremos que su memoria se vea limpia de toda mancha. Su muerte fue la confirmación de su vida: eso creemos, queramos creer y esto necesitamos probar.

Lo que hemos ganado con el gobierno Democrata

«Después de aquel generoso levantamiento del proletariado catalán en 1909 hemos retrocedido; la insurrección se ha atribuido a móviles segundos, desconociendo el factor principal, el odio a la guerra, a toda guerra, porque para todo proletario consciente la guerra es la revolución.

Pero la guerra de hoy día tiene una forma especial y constituye una modalidad de todo un sistema político, organizado en defensa del capitalismo. Ese sistema es el que se conoce con el nombre de imperialismo colonial.»

JULIÁN BASTERO

Conferencia en la Casa del Pueblo.

Nuestra lámina

Los emparedados

Nuestra Santa Madre Iglesia en sus entrañas de misericordia inagotable, santa en todo, hasta en sus atrocidades; misericordiosa siempre, aun en sus crueles más atroces; siempre benévola, aun en sus condenaciones al infierno... Pues, si, nuestra buena Madre, de quien somos hijos los maldados, nos trata siempre, siempre con aquella mansedumbre y piedad que le hacen merecedora del título de *esposa del Cordero inmaculado*.

¿De la Inquisición me habláis?

¡Maldados imposos! ¡si superáis cuán mansa era y aun benévola la acción de la Iglesia!...

Precisamente ella no mataba a nadie, ni mutilaba a nadie, ni atormentaba a nadie.

¿Quiénes eran el que hacía tales atrocidades? Los propios herejes, sí, señores.

Antes de aplicarle el tormento, la Santa Madre decía al reo por boca del Pado Inquisidor: «Conste que si durante el tormento resueta aca o alguna hueso quebrado, o alguna mutilación, o muertes, la culpa no es nuestra, sino

tuya, pues así lo decíamos delante de Dios.»

¿Lo véis, impíos?

Hay que confesar que su horror á la sangre fué siempre tan grande como el de los rabinos judíos: tampoco ellos derramaron la sangre de Cristo; quien la derramó fué el *brazo secular*. El ilustrísimo Caifás no asistió siquiera á la crucifixión. ¡Era tan bueno aquel reverendo Pontífice!

Pues bien; para no verter sangre *por fuera*, la Iglesia, en su alta sabiduría, sabía hacerla verter por dentro con hemorragias internas y desgarres internos.

Y aún en esto ponía gran cuidado: prefería un suplicio dulce, carísimo... el emparedamiento sobre todo, el *Inpace* tranquilo..

En la lámina va el cuadro de los *Emparedados de Carcasona*.

¿Hay emparedados todavía?

¡No faltaba más! La Iglesia, como sociedad perfecta, necesita eso y todo lo otro. En esta casa hemos conocido un emparedado: el franciscano, padre Francisco Arriaga, á quien sus hermanitos tuvieron en el *Inpace* durante cincuenta y dos días!

¡No trataron tan mal á los frailes, los revolucionarios de Barcelona!

De modo que quedamos en esto: Jesucristo nuestro Señor murió por nosotros pecadores. Su Esposa ha fabricado los suplicios de muerte *para nosotros, inocentes*.

El gobierno nos ha consagrado á esta hermosura. Las leyes de la Iglesia son leyes del Reino, y la ley es esta.

Los patrioterros de oficio al servicio del extranjero

Estamos dominados ya por el extranjero y nuestros políticos cobran un precio crecido por su obra de traición. Las colonias de las grandes potencias están mejor que nosotros. Tienen un tirano explotador, pero no padecen la banda de intermediarios que los españoles sufrimos.

JULIAN BESTEIRO

Nuevo atentado del Papa contra el Código civil

Predícase democracia, hálbase de la reconquista de la soberanía del Estado, que carece de jurisdicción sobre el estado civil del 95 por 100 de los españoles, desde el del soberano abajo; y mientras esto se predica á son de bombo y platillos, á la sordina y á la chita callando se están cometiendo nuevos atentados, nuevas cesiones de la menguada soberanía que nos queda y se están liquidando por bajo cuerda y sustrayendo por las minas oficinescas, los territorios nacionales, la propiedad de la riqueza, el dominio de las conciencias,

la dignidad de las personas, la legitimidad de la familia, la independencia del hogar... ¡Pronto los españoles quedamos sin *patria* donde poder vivir alguna de las manifestaciones de la vida; ni la vida física, asfixiada por la miseria; ni la vida política, aplastada por la tiranía; ni la vida científica, imposibilitada por la Inquisición encastillada en los tribunales; ni la vida civil, cuyas raíces tenemos en Roma.

¿Qué dice de esto Canalejas?

Pues bien; sépanlo los españoles: de un plumazo, el secretario del Papa anula el Código civil español, á espaldas de las Cortes y con fraude del pueblo á quien el Estado Constitucional, ha jurado fidelidad.

S: el Vaticano ha declarado por sí y ante sí, contra el artículo 43 del Código Civil, la validez de la obligación de los esponsales de futuro. Los obispos publican en sus Boletines estos decretos revolucionarios.

Y he aquí por dónde hay en España un poder civil extranjero, superior á las Cortes y á la Monarquía, que, sin consulta ni aviso, anula y deroga nuestras leyes más solemnes, en puntos tan elementales como este del fundamento de la familia.

El artículo 75 del Código, dice:

«Los requisitos, forma y solemnidades para la celebración del matrimonio canónico, se rigen por las disposiciones de la Iglesia Católica y del Santo Concilio de Trento, admitidas como leyes del reino.»

Y como aquí la Iglesia Católica, para los monárquicos, es el Papa cismático, ni hay más Iglesia ni más Católica; y como ya los gobiernos no se cuidan de hacer efectivas las Regalías, pisoteadas á cada paso por obispos y provisores, con descaro penado en nuestras leyes con pena de extrañamiento, confiscación de bienes y demás; de aquí resulta que con solo un plumazo de Roma, se produce en España, contra la terminante prescripción del Código Civil, una fuente de litigios, con fraudulenta mengua de la soberanía nacional.

¿Quién gobierna en España, la monarquía constitucional ó el Papa-Rey? ¿Quién es el soberano de la nación, Pío X por medio de sus Congregaciones anónimas é irresponsables, ó Alfonso XIII por medio de sus ministros responsables?

¿Quién dicta las leyes: las Cortes españolas ó las Congregaciones de la Inquisición y del Santo Oficio?

¿Es Canalejas el reconquistador de la soberanía nacional, ó el *brazo secular* de Pío X, como no lo fué jamás gobernante alguno, ni en los tiempos de mayor fanatismo y rebajamiento, ni en los tiempos de Carlos II y de Fernando VI, ni en tiempos de D. Opas y de Juana la Loca?

¿Se callarán las Cortes ante este atropello?

¿Sacarán ahí sus cánones Montero Ríos, sus regalismos los carlistas, su sa-

biduría jurídica Azcárate y Albornóz?

¡Si viviera Cisneros ¡vive Dios! que eso se analizaría y no pasaría sin castigo!

¡Ni Rábago pasaría por ello!

Véalo el Sr. Canalejas, y vea si los españoles habremos de pedir un Gabinete de frailes para defender el prestigio nacional que jamás ningún fraile español consintió que se ultrajase de tal modo. ¡Más frailes que los frailes! ¡y menos españoles que los frailes!

¡Vergüenza, vergüenza y vergüenza!

¡Frailes de levita, cien veces peores que los de cogulla!

LAS REGALIAS DE LA CORONA

«Carlos III mantuvo celosamente los privilegios de las Regalías; pero á partir de su muerte dió comienzo por la debilidad de sus sucesores, su detrimento y menoscabo.

Tal vez el remedio de muchos males que, sin evitarlos, lamentamos, pudiera encontrarse en estos derechos olvidados. ¿Quien duda por ejemplo, que el derecho de *guardiana* celosa y discretamente aplicada, podría cohibir el despojo de la secular riqueza artística, consumada en no pocos de nuestros templos por la ignorancia y por la codicia?

JOSÉ CANALEJAS Y MENDEZ

Antes de su consagración Eucarística (Prólogo al libro *Estudio de las Regalías*.)

Proceso de Galileo

El 22 de Junio de 1633 el *Santo oficio* romano, por orden del Papa Urbano VIII. condenó estas dos proposiciones de Galileo:

1.º «Decir que el Sol es centro del Mundo, y que permanece allí inmóvil en su rotación sobre sí mismo, es una proposición absurda y falsa en filosofía; además, es formalmente herética, supuesto que expresamente es contraria á la Sagrada Escritura.

2.º «Decir que la Tierra no es el centro del mundo y que, lejos de permanecer allí inmóvil, se mueve por un movimiento diurno, es igualmente una proposición absurda, falsa en filosofía, y considerada desde el punto de vista teológico, contraria por lo menos á la fe.»

Firmaron: Félix, cardenal di Ascoli.—Guido, cardenal Bentivoglio.—Desiderio, cardenal di Cremona.—Antonio, cardenal S. Onofrio.—Berlingero, cardenal Gessi.—Fabricio, cardenal Verospi.—Martino, cardenal Ginetti.

He aquí ahora íntegro el texto de la abjuración de Galileo.

«Yo, Galileo Galilei, florentino, hijo de Vioento Galilei, de 70 años de edad, constituido personalmente en juicio y de rodillas ante vosotros, Eminentísimos y Reverendísimos Señores Cardenales, Inquisidores generales de la República cristiana contra la herética pravedad, teniendo ante mis ojos los Santos Evangelios que toco con mis propias manos, juro que siempre he creí-

do, creo y con la ayuda de Dios creeré siempre todo cuanto cree, predica y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica Romana.

Pero en atención á que, aunque se me hubo ordenado formalmente por este Santo Oficio y aun jurídicamente conminado por el mismo tribunal á que abandonase enteramente la falsa opinión que enseña que el Sol es el centro inmóvil del Mundo y que la Tierra no lo es, y que ella se mueve; atendido á que, aunque se me hubo prohibido el creer, defender ó enseñar en adelante dicha falsa doctrina de cualquier manera que ser pudiese, bien sea verbal ó por escrito; atendido á que, sin tener en cuenta la manifestación que se me había hecho, á saber: que dicha doctrina repugnaba á la Santa Escritura, he escrito y dado á la estampa un libro en el cual trato de la misma doctrina ya condenada, trayendo en su apoyo argumentos de una gran fuerza, sin haber dado no obstante ninguna solución.

Es justo que se me considere vehementemente sospechoso de herejía, por haber creído y tenido por cierto que el Sol es el centro inmóvil del Mundo y que la Tierra no lo es y que ella se mueve.

• En su consecuencia, queriendo principalmente borrar de la mente de Vuestros Eminencias y de todo cristiano católico la violenta sospecha de herejía de que estoy con justicia convencido, abjuro, maldigo y detesto con un corazón sincero y una fe recta los susodichos errores y herejías, y generalmente cualquier error ó secta contraria á dicha Santa Iglesia, y juro que en lo venidero no diré ni afirmaré jamás nada, bien verbalmente ó bien por escrito, que pueda dar lugar contra mí á la menor sospecha de este género; que al contrario, si conozco algo herético ó sospechoso de herejía, lo denunciaré á este Santo Oficio, al Inquisidor, ó al ordinario del lugar donde me halle.

• Prometo además y juro observar y cumplir escrupulosamente todas las penitencias que me son ó me serán impuestas por este Santo Oficio.

• Que si llegase á faltar (lo que Dios no permita) á la menor de mis dichas promesas, protestas y juramentos, me someto de antemano á todas las penas y torturas que los Sagrados Cánones y otras Constituciones particulares ó generales han pronunciado y promulgado contra los delinquentes de esta especie: así Dios me ayude y sus Santos Evangelios que toco con mis propias manos.

• Yo Galileo Galilei, supradicho, he abjurado, jurado y me he irrevocablemente obligado como queda dicho. En fe de lo cual he estampado de mi propia mano mi presente firma al pie de esta abjuración, que he repetido palabra por palabra.

• Hecho en Roma en el convento de Minerva, á 22 de Junio del año 1633.

• Yo Galileo Galilei, de mi propia mano, he abjurado como arriba digo.

Galileo fué condenado á prisión perpetua y á recitar los siete Salmos penitenciales una vez por semana. Al fin del mismo año se le permitió habitar la quinta de Arcetri, que había alquilado cerca de Florencia, pero á condición de que allí viviera solitario, que no invi-

taría á ninguna persona que le fuese á ver, ni recibiría las visitas que se le presentasen. Sus obras fueron proscritas y puestas en el Índice. Y ¡lo están todavía!

Y á pesar de esto, el Sol sigue parado y la Tierra moviéndose.

Obra nueva

PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA

POR

S. Pey Ordeix

Historia y crítica documentadas de los expedientes seguidos en Roma, España y Francia para la legitimación del primer matrimonio legalizado en España, á pesar de las leyes celibatarias impeditivas.

Precio: UNA peseta

Cura envenenado

Un prelado doméstico del Papa, llamado Julio Contessa, párroco de Santa Margarita, celebraba el día 1.º del actual una misa en Agira (Catania) cuando al beber el vino del caliz cayó desplomado sobre el altar. Auxiliáronle, pero fué inútil. Había muerto.

Un perito certificó que en el contenido del cáliz había veneno.

El obispo de la diócesis ha ordenado la práctica de diligencias, y la autoridad judicial instruye el correspondiente proceso. Las entrañas de la víctima y el vino que sobró en el cáliz han sido sometidos al análisis químico.

Cada vez entienden menos estas cosas.

Parecería natural que las palabras del sacerdote, que tienen el poder sobrenatural de convertir la hostia en cuerpo de Cristo y al vino en su sangre, tuviesen la virtud de quitar sus efectos al veneno: logrando lo mayor...

Pero, en fin, estos son misterios impenetrables á la débil razón humana, y, por tanto, no debemos perder el tiempo en tratar de comprenderlos.

Hablemos de lo otro; mejor dicho, del otro: del cofrade que puso el veneno en el cáliz. ¡Vaya un ciudadano desaprensivo!

Cuando pienso en que tal vez habría oído aquella mañana su correspondiente misa, y confesado y comulgado, me entran así como ganas de continuar no acudiendo á la sagrada mesa... (Creo que le llaman así al acto de comulgar... con exposición de la vida).

Mucho van menudeando en Italia los envenenamientos de esta clase, que casi siempre prepara un querido *fratello* del que revienta.

Habría presbítero que al acercarse el instante de consumir, se eche á temblar, pensando en qué habrá dentro del cáliz.

¡Y se comprende, voto á Lucifer!

La abjuración de Galileo y la Iglesia

Al catolicismo se le ha indigestado el haber comido herejes, que trata de vomitar sobre el vecino. Así vemos que, no pudiendo ya negar las atrocidades de la Inquisición, procuran los clericales dar á entender que la Inquisición no es la Iglesia, ni tiene que ver con ella, y que, aun la Inquisición no mataba, sino que se reducía á calificar los herejes y á entregarlos al brazo secular.

Lo mismo podría decir el juez: él no mata á nadie; él es tan sentimental que no se atrevería á dormir en la alcoba al lado de la argolla, ni se atrevería á sentarse al lado del verdugo. Y, sin embargo, el verdugo es el músculo del juez nervio; éste le mueve, le dirige y le paga; y si no se moviera, el juez buscaría otro verdugo para matar al primero.

La Iglesia no mataba á los herejes; pero mataba á los príncipes y gobiernos que se negaban á matarlos. El Papa es la cabeza; el rey es el brazo; y ved ahí á esa linia cabeza descargar la responsabilidad de sus crímenes sobre el brazo que los cometió con indulgencia plenaria, so pena de incurrir en la maldición papal.

A la Iglesia se le ha indigestado Galileo; sobre todo, Galileo, el que con su pie y con su pluma puso en movimiento continuo aquel cielo en que los santos de la Iglesia duermen el sueño eterno. El que con el soplo de un argumento apagó el fuego del Infierno del profundo, y que enseñó al Dios de Moisés lo que éste y su Dios ignoraban, al decir de los sabios pontificios, á saber: que el planeta tierra es un chirimbolo que sirve de pelota al movimiento universal.

La Iglesia condenó á Galileo; Galileo se retractó. A continuación van la sentencia y la abjuración.

Sobre ambas, los católicos, sagaces como siempre, dicen que no fué la Iglesia quien condenó á Galileo; que los siete cardenales firmantes de la sentencia no eran la Iglesia; que con su sentencia mamarracho no resulta comprometida la seriedad del Sumo Vicario de Cristo.

Sobre esta evasiva hemos de acorralar á los católicos. Antiguamente esta excusa habría valido. á saber, cuando la Iglesia era la congregación de todos los fieles; pero esa Iglesia se la merendaron los obispos para formar la iglesia episcopal del Concilio ecuménico; en estando reunidos todos los obispos, daban por reunidos todos los fieles. Pero á esta nueva Iglesia episcopal se la merendaron el Papa y sus cardenales; ya no existe aquella Iglesia; no hay más Iglesia que la del Papa con la Congregación de sus cardenales, sacados de entre los mozos de cuadra, sobrinos artificiales, hijos aulterinos, mequetrefes de corte y tragones de convento etc. ¡No hay más iglesia que esta; la Santa Sede; la Santa Congregación; el Santo Oficio; el Santo Padre; todo lo demás no es Iglesia, sino detritus, heces y escoria no santa de esa Iglesia Santa, infallible é indefectible.

Pues bien: esos cardenales actúan con personalidad pontificia, con autoridad pontificia, con función pontificia; son órganos pontificios; de todas sus congregaciones es cabeza el Papa. Y con el Papa votan todos sus obispos, que comungan con él, que se solidarizan con él, que se convierten en instrumentos suyos. Con los obispos y generales todos los clérigos, y con los clérigos todos los fieles. Sin los fieles, el clérigo es don nadie; sin su cura, son don nadie el obispo y el general; sin los generales, frailes y sin los obispos, los cardenales romanos son unos cuantos que hablan de vivir y tocar el organillo; sin los cardenales, el Papa sería un vecino de una guardilla, ó un asilado, ó un recadero, ó un mazo de guerra ó un aguacil como lo era el padre de Pío X.

La sentencia contra Galileo es, pues, universal de la Iglesia. Todos, Papas, obispos, frailes, curas y fieles juraron que la sentencia era justa, que Galileo era un mentecato y un trasto. Todos los católicos, desde el Papa abajo, fueron alguaciles para prenderle, fiscales para acusarle, alcaides para cerrar su calabozo, jueces para sentenciarle y todos habrían sido verdugos para quemarle.

¡Todos, todos los de entonces y todos los de ahora!

¡Sí, señores! Pío X, el cardinal Aguirre, el párroco de San José, el recadero de las Saleras, Serantes, Dalmacio, el católico Canalejas, todos están solidarizados con aquellos, cobran las rentas de los bienes confiscados por aquellas sentencias, esgrimen el poder alquirido con aquellos horrores, usan sus títulos, sus ventajas, sus provechos; han heredado los derechos y las responsabilidades de esos derechos. Todos están ahí, jurando con los jueces que Galileo es un criminal.

¿Fueron criminales sus jueces? ¿Quién lo dice? ¿Los católicos? Pues á revisar sus fortunas y á separar los bienes basados en el crimen. Porque el que come del crimen, criminal es. ¿No restituyen? Luego siguen cometiendo el crimen; siguen consumándolo y consumiendo sus frutos.

Todos son responsables.

Qué, ¿acaso son mejores, más rectos ó menos criminales los cardenales que ahora están condenados en Roma los libros modernos? ¿Acaso proceden con más respeto de la dignidad humana? ¿No vemos en las condenaciones del *Índice* inscriptos los nombres de los Galileos de nuestro tiempo, por sentencia de cardenaluchos que, sometidos á examen, no merecerían la aprobación de las primeras letras? Sí: son los mismos.

Galileo hace reventar á la Iglesia. ¡Qué reviente! Es su víctima.

Galileo abjuró. ¿Daba abjurar?

He aquí la cuestión que utilizan los católicos. Galileo se confesó hereje y sometido á la pena, digno de la pena.

Los grandes caracteres no conciben que el gran sabio fuese tan pequeño hombre.

Los católicos, exclaiman: «él mismo se condenó: él mismo suscribió la sentencia.»

Yo he sido objeto de iguales censu-

ras. La misma revista *Dis Folie Word* me acusó de debilidad; también yo abjuré; y al publicar mi abjuración, el cardenal Detegado de la Inquisición la publicaba con esta advertencia que se halla también en la abjuración de Galileo: «escrita del propio puño del autor».

...

Pues bien: yo sé lo que pasa. Al salir del tribunal Galileo, decía: *Epur si muo*. Al remitir yo el documento de abjuración al Santo Oficio, acompañaba otro de protesta, con una carta que decía: *este es el que yo firmo espontáneamente: el otro es el que me hacen firmar*. Galileo era Galileo: yo no lo soy; pero la Inquisición es la misma y la justicia la misma para los Galileos grandes como para los chicos.

Galileo suscribió el escrito después de quince días de calabozo, gravemente enfermo y á sus setenta años de edad; yo lo suscribí después de varios meses de cama, estando desahuciado por el médico á quien debo la vida y el haberme salvado de la muerte en la Inquisición (1).

Al defender á Galileo me defendí á mí mismo.

Abjuró... es cierto. ¿Quién le acusa de débil? Al que lo hiciese, le suplicaría que se pusiera en el lugar de Galileo, y en sus circunstancias. Quince días de calabozo! ¿Saben lo que es este suplicio? No hablo ya del tormento físico; no, no hablo de esto. Hablo del suplicio moral de ver la verdad impotente, la Iniquidad aplastante, la Justicia aplastada, la Humanidad indiferente. ¿Este suplicio hablo, ante el cual Antonio Pérez decía: *Si hay Dios y esto consiente, es un criminal, cómplice y fautor de los criminales*.

Galileo, avasallado, afrentado en cama, viejo, achacosos, débil, herido del frío, de pie en el tribunal compuesto de siete frailes hartos, precoces, ignoros, cuyas palabras son reglidos, cuyo cerebro funciona como intestino. ¿qué iba á hacer? ¿Sostener que no tenían razón cuando tenían toda la fuerza, y darle el gusto de aplastarle? ¿Podía él creer que hoy se ocupara de él la Humanidad para escupir á la cara de sus jueces cuando estaba allí sólo, y por toda Humanidad veía los brutales rostros de los jueces, la estólida burla de los esbirros y la indiferencia universal?

En aquel tiempo vivían nuestros padres. ¿Qué hacían éstos mientras el reo tiraba ante los facinerosos jueces? ¿Donde estaban los puños de los nuestros que no iban á ampararle?

No le acusáis, hermanos: que todos en él pusimos nuestras manos; unos atándole; otros no defendiéndole. Así, de este modo, se extiende la culpa y la responsabilidad en el espacio y en el tiempo.

...

Los que acusáis de débil al Galileo de antaño, los que queráis haberle visto erguir la frente ante los cardenales-acémilas, y escalar impávido y majes-

(1) Fue el Dr. Pedro Ezquerdo, de Barcelona. El cardenal inquisidor buscólo para que autorizara, como médico mío, mi traslado de la cama de mi casa al hospital de Santa Cruz. Hubiéramos de estas y otras mañas de la Inquisición actual.

toso el patíbulo, en camisa y con coraza... Sabedlo y no lo olvidéis.

¿Creéis que cumplió el mundo sus deberes con Galileo, dejándole indefenso en poder de sus verdugos? No: ¿verdad?

Pues bien; todavía ahora hay Galileos á quienes ocurre lo propio. ¡Tuviera Ferrániz sepultado en la Trapa; Barona pudriéndose en la cárcel de Corona; Verdaguier secuestrado en la G'eva; yo en Montserrat. Ahí tenía la Inquisición: la Inquisición que sigue matando. ¿Que no mata ya?

¡Desdichados! Preguntadle: ¿De qué murió Verdaguier? ¿De qué está muriendo Prat Oriol? ¿De qué murió el doctor Solé? ¿De qué murió Tyrrell?

Sabedlo: no hace más de un mes que ha entrado Verdaguier en la cárcel de Roma por haber hecho frente al Papa y al jesuitismo.

Y el mundo lo cruzado de brazos! Y el mundo divirtiéndose en toros, bailes, banquetes, bodas y festines mientras Galileo sufre, en camisa, aturrido por las tinieblas del calabozo, el interrogatorio de un *sabio* como Merriv. de un *santurrón* como Vives, de un *fl'dn-tropo* como Aguirre, de un farante como el cardenal della Scimia, micos ridículos que eran fuera tribunal, y chimpancés en los estrados...

...

Sabedlo, liberales: Galileo no ha muerto; tampoco ha muerto la Inquisición. Creéis que ha pasado la Iniquidad; y ante vuestro juicio pueden repetir los Galileos: *Epur si muovi*!

Y, sin embargo, la Iglesia sigue haciendo víctimas.

...

Adornados, católicos, con la abjuración de Galileo... como con la de Ferrándiz... como con la mía...

Epur si muovi!

Anda la tierra y anda el tiempo.

Los Jueces que hacían parar en sus carreras al Sol y al Tiempo duermen la modorra de que no despertarán.

Y se acerca el día en que vosotros, jueces, vais á comparecer ante otro tribunal que revisará vuestros fallos. ¡Lástima grande que para aquel juicio no podamos resucitar y poner en camisa á los Papas, cardenales y jesuitas de todos los siglos! ¡Lástima grande que vayáis abjurando vuestras sentencias!

Pero no os valdrá. Estas sentencias y abjuraciones que clavasteis en las fachadas de catedrales y conventos, son las manchas de sangre que atraen la espada del nuevo ángel exterminador.

Esas abjuraciones que sirven para demostrar vuestra maldad suprema, la maldad de obligar á vuestras víctimas á presentarse al mundo con vuestro traje de malvados, arrancándoles del cuerpo la dignidad, que es la vida de la conciencia, á trueque de arrancarles la piel que es la vida miserable.

S. PEY ORDEIX

Memorias de un confesor

La paloma

De todos los clientes afluos á la iglesia donde yo había establecido mi lavadero de conciencias, el que me era

más antipático y repulsivo era D. Diego Carnicero, presidente de dos cofradías, tesorero de otras tres, y testamentario y consejero aulico nato de todas las beatas ricachonas de la casa. Las tutorías eran su especialidad; se pirraba por los huérfanos con buenas rentas, y su fama de hombre probó, austero, y hasta santo, le servía de lia ve gineja para colarse en todas partes donde sus dos apetitos dominantes, la jura o la avaricia pudieran hallar pasto abundante.

Era flico, alto, negruzco, cabello ca-ro, pulcramente vestido de negro, usaba patillas y gafas de oro y una mago-fica dentadura postiza. Tal era el hombre que aquella mañana me salió al encuentro al cruzar el atrio, besando la mano con fingida emoción.

—Padre, le he traído a usted la niña para que la confiese. Ninguno me inspira la confianza que usted... ¡Es hoy el clero tan ignorante!

—¿Qué niña?

—Mi pupila, la hija del general X... mi pobre amigo... Su confesor era un capuchino, y lo han trasladado a Sevilla, y yo quiero que sea en buenas manos, y me he acordado de usted. ¡Ojalá! Es una joya, una verdadera alhaja... pura como un ángel... Ya, ya verá usted y me dirá después... Lástima que sea un poco díscola y rebelde, y que esté próxima su mayoría de edad. Esta cuica bajo mi dirección sería muy feliz...

En efecto, pegada a la rejilla del confesionario, vi una joven enlutada, de facciones correctas, mirada intensa aunque triste, y que parecía estar nerviosa e intranquila. Cuando pasé por su lado observé que me miró con cierta insistencia, y sin perder ninguno de mis gestos, como si me examinara y analizase.

—Puede usted empezar cuando guste.

—Mi confesión, padre, ha de ser tan breve como sencilla. Mi vida es monótona, apenas pongo el pie en la calle y el mundo me da pocas ocasiones de pecar, ni aun en deseo, pues lo desconozco por completo... Cumpló bien mis devociones y mis deberes de buena cristiana; respeto al que ejerce autoridad sobre mí, y fuera de algunas impaciencias y tristezas injustificadas no hallo nada en mi conciencia que reprocharme. Siguió un largo silencio.

—¿Nada más?

—Nada más.

En mi interior me parecía oír una voz que me decía: ¡Árvete! Y añadí:

—Me parece que usted no es sincero conmigo.

—¡Pátele!

—Que me oculta usted algo, y algo serio y grave. En toda la confesión de usted se ve un no sé qué mecánico, forzado, que á otros confesores pasará por alto, pero á mí no. Usted desconfía de la confesión, y del confesor. ¿Ha acertado?.. Le advierto á usted que además del sacerdote está usted hablando con un caballero.

—En ese caso, padre perdóneme que me dirija más al segundo que al primero. En efecto, ha adivinado usted de un modo admirable la situación de mi espíritu; vengo aquí porque me obligan; digo lo que he dicho porque sé que ha de saberse, y porque necesito seguir representando esta comedia indigna hasta que cumpla mi mayor

edad... Yo que era ingenua y religiosa de verdad, y buena, me he transformado, me he trocado en una mujer maliciosa, escéptica y malévol... La religión tal cual me la ha enseñado y la practica mi tutor me es altamente odiosa, pues sólo veo en ella un tegido de imposturas, un hervidero de pasiones é hipocresías que me subleva, y una tapadera de los que hacen del sentimiento religioso un tráfico y una mercancía... Olio con toda mi alma este mundo negro que me rodea, en el que no hay un corazón noble, ni un pecho sincero, ni un afecto desinteresado. Y todas las inmundicias de este mundo las personifico y encarno en la silueta repugnante de mi tutor, cuyo Dios exorcizo, porque no es un dios bueno, cuya alma fermenta de me excita ideas de muerte y de exterminio, de seando ver aniquilado al que con una misma mano me roba mi dinero, é intenta mancillar mi alma... Esos son los monstruos que incuban ustedes en la oscuridad y silencio de sus templos. ¡Canalla! ¡Miserable!

—Veo que el mal es más profundo de lo que yo pensaba, y celebro que haya usted venido á este confesionario... Desde luego le participo á usted que yo jamás he colaborado á la incubación de esos monstruos de que usted habla y que odio más que usted.

—Lo creo: su acento es de la verdad.

—Pues en ese caso, veamos el mejor modo de que escape usted de las garras de ese gavián. ¿Usted le odia?

—Con toda mi alma.

—¿Su celo y atenciones con usted?

—Todo mentira.

—¿Su administración?

—Desastrosa. Y lo peor no es esto.

—¿Hay algo más?

—Sí: lo más execrable y odioso. Prefirió sus amenazas á sus mimos y á sus caricias viscosas de reptil... Enriquecido con mi dinero, no quiere que escape de sus manos... Ese infame que todos los días confiesa y comulga y se at borra de mías, me ha tenido desde niña alejada de todo trato y comunicación con los hombres; pero al mismo tiempo procuraba con malicia diabólica excitar mis apetitos, falsear el instinto de la Naturaleza, poniéndome al borde de groseras aberraciones... Provocaba con libros y láminas dejados al azar en mi cuarto las crisis supremas de mis sentidos, esperando que, lógicamente, iba á caer desfallecida en sus brazos... Viendo que sus tretas eran inútiles apeló á las indirectas; después á las proposiciones crasas, groseras, brutales; inútiles éstas, utilizó las amenazas, los malos tratos, los castigos tan crueles como reflexados... Llegó hasta servirse de mi confesor, el cual colaboraba bien claro á su favor, aunque yo aparentase ignorarlo. De aquí mis confesiones de pura foma mecánicas ó sacrilegas como ustedes dicen. Le pienso que hay otro hombre por medio que tiene secuestrado mi corazón, y llega hasta maltratarme bárbaramente para que se lo diga... Así llevamos meses y años... Yo comienzo á cansarme de esta guerra continua de celadas lazo, embosca las todas dirigidas contra mi honra, y hay veces que mis ojos acarician los cuñillos de la mesa, no sé si con la esperanza de exterminar al monstruo ó acabar con esta vida de tormento continuo.

—¿Qué disparate! Nada de eso; tenga usted esperanza, y confíe en mí, y... en Dios, aunque no lo crea usted así.

—¡Me ha abandonado tantas veces!

—Todo tiene su término. Hable usted á su tutor muy bien de aquí; diga usted que le ha prodigado los mejores elogios, y siga usted confesándose conmigo.

—¿Mañana seguramente le tendrá usted aquí á ver si puede sonsear mi confesión, y saber si tiene rivales. Es su cosumbre de siempre.

—Mejor: yo me enorgullo de él. Le cortaremos las uñas. ¡Ah, perrol! ¿Sabe usted contenta de esta confesión?

—Es la primera vez en mi vida que la he hecho bien y con sinceridad.

—Entonces hasta el sábado.

—Hasta el sábado.

FRAY GERUNDIO

¡Los nombres!

¡Vengan los nombres!

Dice Ejército y Armada:

«En la política española hay una manada de sinvergüenzas, que, cuando no tenían sobre qué caerse muertos, eran republicanos feroces, furibundos, de los que se comían los niños crudos, de los que conspiraban á toda hora y á todo momento.

En la misera y desmedrada política española hay una colección de efícos, de hartos de ajos, de hampones, que cuando lo eran se pasaban la vida escribiendo contra la Monarquía y conspirando para derribar el trono, y hoy, estas púdicas y antiguas prostitutas, acopladas ya en la Monarquía, con su mesa bien repuesta, se santiguan cuando oyen hablar de República, y tachan á todo el que no tiene el alma de siervo y defiende la verdad de republicano.

Nos parece que va á haber que publicar cartas y documentos de estas ramerías republicanas de ayer, monárquicas de la nutrición, porque se van poniendo imposibles con eso de llamar á todo el que no se les rinda y someta, republicano.»

¡Los nombres! ¡Los nombres!

¡A tirar de la manta, y veamos al desnudo esas prostitutas de la política disfrazadas de matronas impudables.

¡Los jesuitas, las primeras!

Tarjetas postales

Se ha puesto ya á la venta la segunda colección.

Precio de cada una (diez tarjetas): Cincuenta céntimos.

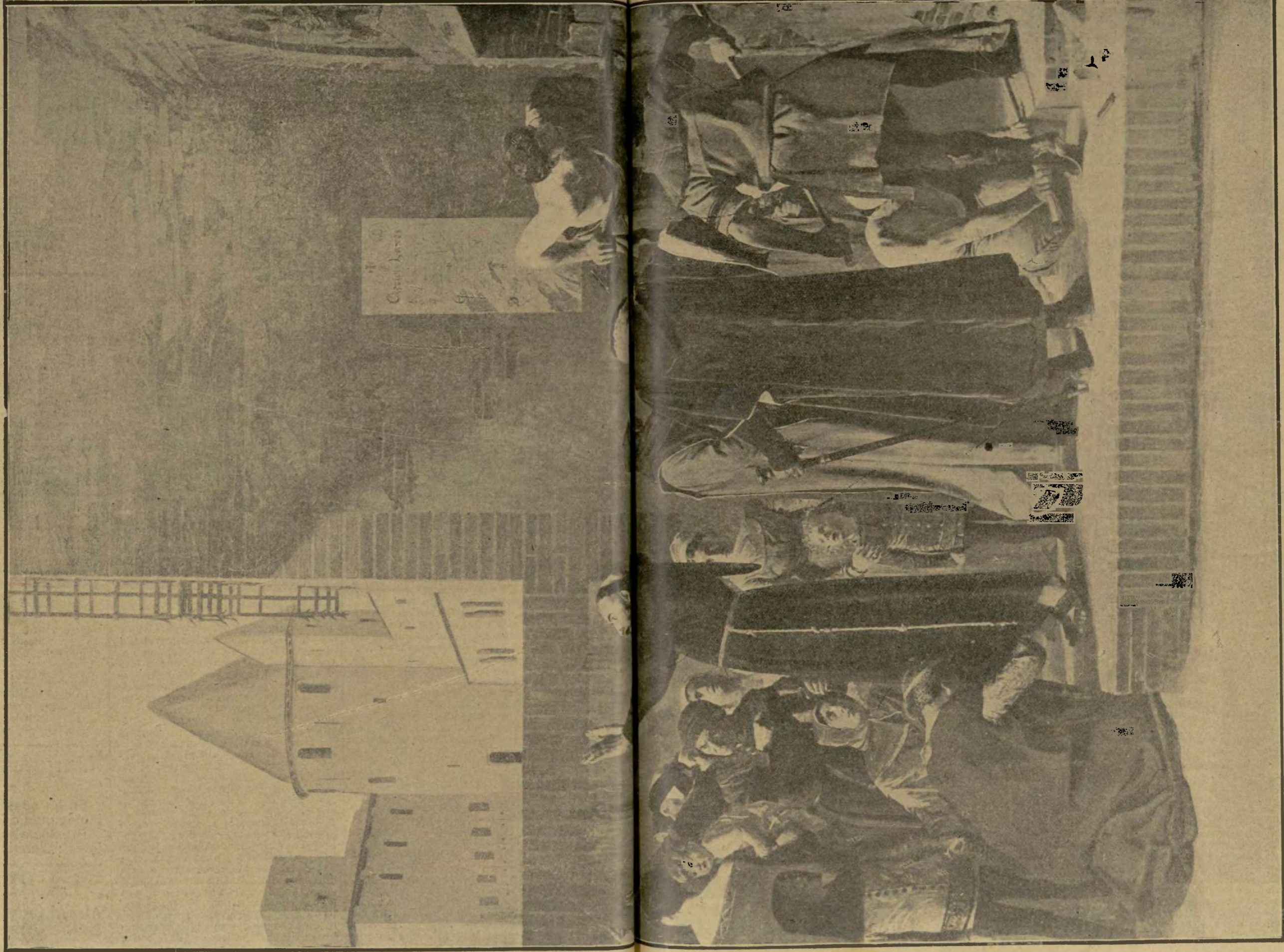
LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid

Museo del Luxemburgo.-LOS EMPAREDADOS DE CARCASONA.-Cuadro de J. P. Laurens, 1879.

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

DE LOS FUNDAMENTOS DE LA BIBLIA.

(Continuación.)

LECCIÓN XXII. — DEL NUEVO TESTAMENTO.

1. PADRE.—¿A qué llama el Catecismo el *Nuevo Testamento*?

H. J.—A los libros posteriores á Jesucristo, llama lo también *Evangelio*.

2. P.—¿Cuántos son los Evangelios presentados por la Iglesia?

H.—Cuatro, dichos de San Mateo, de San Lucas, de San Marcos y de San Juan. Hay, además, las Cartas de los apóstoles y el Apocalipsis.

3. P.—¿Dónde están los originales de estos libros?

H.—La Iglesia dice que los ha perdido, no sabe dónde ni cuándo.

4. P.—¿Conviene los cuatro Evangelistas en decir lo mismo?

H.—No, señor: unas veces coinciden, otras veces difieren; unos callan lo que otro dice y viceversa, y otras veces se contradicen.

5. P.—¿Ha habido otros Evangelios?

H.—Sí, señor; en la primitiva Iglesia había hasta 52.

6. P.—¿Por qué ahora son cuatro, y no más que cuatro?

H.—Porque el clero condenó como falsos los restantes y declaró verdaderos éstos.

7. P.—¿Cómo sabía el clero la falsedad de unos y la autenticidad de otros?

H.—Lo sabía igualmente que usted y yo que no sabemos nada.

8. P.—¿Qué relación tiene el Evangelio con la Biblia?

H.—Jesucristo dijo que venía á anular la ley antigua por la nueva.

9. P.—¿Ha cumplido la Iglesia esta voluntad?

H.—No, señor, sino que ha sacado del Evangelio y del Antiguo Testamento lo que convenía al clero, interpretándolo á su conveniencia, para extender su industria religiosa y aumentar su poder y su riqueza.

10. P.—¿Por qué prohibió la Iglesia la lectura de la Biblia?

H.—Por evitar que el pueblo descubriese las contradicciones de las doctrinas y la apostasía del clero de las leyes señaladas en aquellos libros.

LECCIÓN XXIII.—DE JESUCRISTO Y SU HISTORIA.

1. P.—¿En qué año nació Jesucristo, según los Evangelios?

H.—No se sabe. Los intérpretes se han vuelto locos estudiando este punto sin haber logrado resolverlo.

2. P.—¿Quiénes eran sus padres?

H.—Los Evangelios dicen que su madre era María, pero que no era hijo natural del marido con quien estaba casada, llamado José. Tampoco están de acuerdo en los linajes.

3. P.—¿En qué edad y año murió?

H.—Tampoco se sabe: según unos, cuentan que murió á los treinta y tres años; según otros, á los cincuenta y cuatro de edad.

4. P.—¿Qué profesión tuvo?

H.—Tampoco se sabe: unos dicen que

el oficio de artesano y otros que fué médico.

5. P.—¿Qué cuentan de su juventud y carrera?

H.—No se sabe nada: dicen que nació en Belén, de Judes; que de niño fué llevado á Egipto y que volvió á Judea.

6. P.—¿Qué se dice de su familia?

H.—Unos dicen que tuvo hermanos, otros que no los tuvo.

7. P.—¿Se conservan sus cuerpos?

H.—No, señor; ni el suyo, ni el de su madre, ni el de su padre legal, ni los de sus abuelos y parientes.

8. P.—¿Qué dicen los cristianos sobre el físico?

H.—Dicen no saber nada y le atribuyen la fisonomía que les parece, á gusto de los artistas y según los modelos que toman los escultores y pintores, así de El como de su familia.

9. P.—¿De modo que las imágenes que nos presentan carecen de verdad histórica?

H.—Sí, señor. Según estos retratos, hay Cristos de todas las razas y de todos los tiempos, y asimismo hay Vírgenes María de todas condiciones.

10. P.—¿Al venerar, pues, estas imágenes cual retrato se venera realmente?

H.—El de las mujeres y hombres que los artistas tomaron de modelo. En el Vaticano, se venera como de María el retrato de Julia Farnesio, amante del Papa; las Vírgenes del Murillo son retratos de sus novias; á veces sirven de modelo las profesionales de la prostitución.

11. P.—¿Qué tipo físico se atribuye generalmente á esos personajes y qué condiciones morales reflejan?

H.—Imposible definirlo. Estudiadas según las reglas de la antropología, resultan tipos degenerados ó normales: afeminados ó varoniles; patibularios ó regulares; desenfrenados ó místicos.

12. P.—¿Qué tipo moral atribuye generalmente el Evangelio á Jesucristo?

H.—Según el Evangelio, Cristo resulta bondadoso, amigo de los pobres y de los humildes, odiador de los tiranos, condenador de los privilegios, intransigente con la injusticia y con la hipocresía y campeón de los derechos del pueblo contra la tiranía del Estado y del clero.

13. P.—¿Qué tipo religioso resulta?

H.—Es difícil puntualizarlo, pues los datos del Evangelio se contradicen con frecuencia; pero en general resulta ser el fin antropológico elevado al grado místico, ó sea adorador á Dios invisible en el amor al hombre como imagen suya visible.

LECCIÓN XXIV.—DEL «CRISTO» MITOLÓGICO.

1. P.—¿Se llamó hijo de Dios, Jesucristo?

H.—Se lo llamó, pero no en sentido exclusivista, sino como hombre que era, y por tanto, en el sistema teista, criatura de Dios, como todos los hombres.

2. P.—¿Dónde consta este sentido?

H.—De sus mismas palabras. Cuando le acusaron de haberse llamado, dijo: «La Escritura dice que todos los hombres son hijos de Dios.»

3. P.—¿Consta de algún otro sitio?

H.—Sí, señor: El reprendió á sus discípulos por decir tal cosa y se lo prohibió nuevamente, pues con ello le hacían hereje y reo del Estado y de la Religión.

4. P.—¿Qué hay que pensar del título «hijo de Dios»?

H. 1.º—Que en cuanto por el concepto «Dios» se entiende el principio universal, todo es *hijo* de ese principio, y por tanto, al aplicar el título de *hijo de Dios* á uno con exclusión de los otros seres, es negar esa universalidad incurriendo en error de Lógica y en contradicción teológica. 2.º Que en la hipótesis religiosa Dios está en todas partes y es simplicísimo: y por esto está igualmente en todos los seres con integridad, so pena de no ser simplicísimo sino compuesto, ó so pena de no estar de ningún modo allí donde está de alguno. 3.º Que la generación es un acto físico esencialmente, y propio de seres particulares y concretos, y por tanto es metafísicamente absurdo atribuirlo á una causa universal.

4. P.—¿Por qué ha llamado la Iglesia «Hijo de Dios» á Jesús?

H.—Por dos razones: una para condescender con la superstición religiosa popular, afirmando como conocida la personalidad de *lo desconocido*; y segunda, para, en nombre de Cristo, apoderarse sus ministros de las propiedades y honores del clero de otras religiones.

5. P.—¿Saca otras ventajas el clero de este título?

H.—Sí, señor; por hacer creer que Jesús, era Dios, su clero exige ser honrado como Dios, y se excusa de imitar á Cristo en sus virtudes diciendo que El las hacía por ser Dios, y que ellos, los sacerdotes, no siendo dioses, no están obligados á aquellas virtudes.

6. P.—¿De modo que este dogma queda reducido á una explotación industrial?

H.—Sí, señor. Por causa de este dogma el clero toma del ministerio de Cristo todos los honores que le correspondían como Dios, y le rechaza todos los deberes que El cumplió como hombre.

7. P.—¿Cuál es la síntesis de filosofía histórica de este sistema cristiano?

H.—Que Cristo con sus virtudes de hombre conquistó las voluntades de los pueblos que se hicieron cristianos; y que el clero con sus crímenes contrarios, ha excitado el odio de los pueblos, y al decir que este crimen es el comete por facultad de Cristo, hace que los pueblos rechacen al Cristo de tal clero.

8. P.—¿Según esto, el cristianismo como sentimiento humanitario, es distinto del cristianismo como religión?

H.—Sí, señor, y esto merece ser sabido del pueblo. En todos los pueblos algo entrados en cultura, y en todas las religiones, se encuentra el *espíritu cristiano* de humanitarismo, antes de Cristo. En este sentido el cristianismo no es fenómeno religioso, sino fenómeno de ética social, que Jesús supo condensar en sus sermones y p actuar en sus obras. Contra este espíritu humanitario, ha habido siempre el espíritu tiránico, con el cual ha estado siempre aliado y concurrido el clero de todas las religiones. Por esto el cristianismo en cuanto es un nombre falseado, es hoy inhumano; pero en cuanto es un hecho moral, el espíritu aquel permanente que antes se llamó cristiano, sigue idéntico en el género humano, contra el llamado cristianismo hoy, que es el anticristianismo de antes y viceversa.

S. P. O.

(Continuara.)

RECUERDOS DE LA INQUISICION

(Conclusión).

IV

En la catedral de Tolosa, célebre ya, manchada y ennegrecida con el humo de tantas hogueras y la sangre de tantas víctimas, celebróse nuevo auto de fe en 30 de Septiembre de 1319, para festejar, sin duda, la conversión en arzobispado de Tolosa, que acababa de tener lugar.

El inquisidor Guidonis no sólo condenó aquel día á los herejes de Tolosa, sino como delegado de los obispos de Tíbor, Montaubán y Sampopero. Fué aquel un auto de fe ostentoso á que asistieron y en el que tomaron parte muchas dignidades eclesiásticas y civiles, y después del sermón y de los juramentos de costumbre, se leyó una terrible excomunión lanzada por el nuevo arzobispo de Tolosa y por los inquisidores contra los que se atreviesen á poner obstáculos directos ó indirectos á la marcha del Santo Oficio.

Veinte personas presentes, anteriormente condenadas á llevar el sambenito, fueron autorizadas á quitárselo por haber cumplido el tiempo de su penitencia.

Leyéronse los nombres de cincuenta y seis personas de ambos sexos emparejadas por crimen de herejía, y á las cuales se les conmutaba la pena en la de sambenito, con la añadidura de largas romerías y otras obras pías, y los inquisidores se reservaron el derecho de aumentar ó disminuir estas penitencias, según lo tuvieran por conveniente.

Estas cincuenta y seis personas recibieron en seguida la absolución de los inquisidores por el anatema que sobre ellas pesaba.

Leyéronse públicamente las faltas de que se habían hecho culpables otros cuatro hombres y una mujer, y los inquisidores les impusieron la penitencia de cumplir largos peregrinajes.

Veinte hombres y mujeres fueron despididos con tenados á llevar el sambenito, luego que leyeron sus confesiones en las que se acusaban de sus crímenes, que eran del tenor siguiente:

Raimunda, mujer de Bernardo Artiguís, prometió á su tío hereje que no lo denunciaría á los inquisidores; Guillermo Hugues confesó haber recibido en su casa y no haberlos denunciado, á sus tíos, de cuyo catolicismo no estaba seguro.

A estos veinte penitenciados les impusieron, además del sambenito, la obligación de cumplir varias romerías y peregrinajes, después de lo cual fueron abueltos.

Veintisiete otras personas fueron condenadas á prisión perpetua, á pan y agua; y muchas de ellas á grillos y cadenas, á pesar de haber abjurado todos sus errores, por lo cual recibieron la absolución en el acto.

Entre los condenados á estas penas terribles, encontramos á Esteban el cristiano, que encontró en su camino cuatro herejes y se detuvo para escuchar sus discursos; y á Juliana, que había recibido de un hereje un regalo consistente en algunas agujas de coser.

Otros nueve acusados murieron antes

del auto, á lo que debieron librarse de prisión perpetua; pero sus herederos no libraron de la confiscación de sus bienes.

Publicóse la confesión y sentencia de otro acusado, muerto también, cuyos bienes fueron confiscados, y que se libró de las llamas muriendo en el calabozo.

Quemáronse los cadáveres de un hombre casado, que decía misa sin estar ordenado de sacerdote, y de una mujer relapsa, que murieron impenitentes.

Juan Filiberto, cura católico, fué condenado á ser degradado y quemado vivo; aunque si se arrepentía, le permitirían recibir, antes de ser quemado, los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Catorce herejes que tuvieron la suerte de fugarse, fueron condenados á ser quemados vivos, si se daba con ellos.

Juan Chacelat, Perrin de Vincendal y Guillermo Cabaili fueron condenados á la hoguera, acusados de pertenecer á la secta de los pobres de Lyon.

Y, por último, entregaron al brazo secular para ser quemado á un hereje convicto y confeso, que se había retratado, pretendiendo que su confesión le fué arriancada por los dolores del tormento y que añadía que ni quería defenderse ni purgarse de la herejía.

Diéronle quince días para que se retractase de nuevo, advirtiéndole que si en ellos confesaba su crimen, obtendría la gracia de la prisión perpetua.

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

La semillera

¿Es fúnebre, es ilusión, es sombra vana?

¿Es la niña del campo moradora?

¿Es la onlina que surge seductora
para encender la luz de mañana?

Es ¡ay! la semillera que se afana
por ser aún más que el sol madrugadora,
y des que apunta la rosa aurora
el pan amargo de la vida gana.

¿Cuántos se á tu pena y tu agonía!

¿Que perlas, niña, enjarrarán tus ojos
en la sedosa red de tus pretinas!

Vence á la luz del alba la del día,
y sale el sol, y alumbra aquellos ojos
que aprisionan tabiques de legañas.

A una rabanera

¡Ven á mis brazos, ven! No me ó quimera,

este amor vivirá mientras yo aliente:

ven á mis brazos, ven, y, cumplíente,
de mi insensato amor tempa la higuera.

Más fácil para mí, más fácil fuera
refrenar de los mares la corriente,
que este anheloso afán, que este impaciente
dejar se embitiera ó se extinguiera.

Di al enfermo de amor la medicina,

que es la muerte de amantes el destino...

Más ¿qué miro? ¡Jesús!... ¡De ti me aje!

¡Son tus ojos más negras que la endrina,
húe tu boca á abano y pepino,
y ¡horror! tienes manchada el zaga'jo.

A media noche

Media la noche. La adorada mía,
en el recinto de su alcoba estrecho,

libre el turgente y sonrosado pecho
de ceñidor que bando lo opina.

La flor que en sus cabellos se mecía
quita del blond rizo va de-he-he,
y destapa la sábana del lecho,
como la nieve por lo blanca y fría.

Da su cárcel de lino, apresurada
el jilguero las suaves ligaduras,
y en mi hija anhelante la mirad.

Despiéga las rizadas cog duras,
reclina la cabeza en la almohada,
cierra los ojos... y me deja á oscuras.

Nigra sum...

Pastorella gentí, dame la mano
y ven conmigo por el seto ameno.

Mi a e e arroyo: su cristal sereno
corre á aumentar las aguas del pantano.

Mira esa fuente: la registó el verano,
pero enace de su propio seno.

Mi a ese río: con sus aguas lleno,
¡cuán tan roso corre y cuán ufano!

Mira el risco, y el circo y la laguna,
y la eragiente noria. Mira el pozo

do contemp a su faz riente y clara
de los cielos limpios la luna,
y dime, p storei a, sin rebuzo:

¿por qué tienes tan sucias mano y cara?

D. LORENZO DE MIRANDA

La libertad personal en España y apuntes sobre el matrimonio

El caso del conde-duque de Benavente

(CONTINUACIÓN)

XII.—Reflexionemos

Como se ve, y va indicamos al comenzar este artículo, nuestro Derecho, formado por la *crème* de la nación, es casi perfecto.

Pero me parece evidente que muchos de nuestros juzadores distan grandemente de esa *crème*; y que la Justicia no resulta al haberse hecho contra el conde-duque de Benavente las, á mi ver, enormidades que he relacionado y no dejando por tales medios al marido de la hija única de los duques de Osuno (que además era rico por herencia de sus padres cuando se casó, y que al casarse renunció á una brillantísima carrera), *ni para un cocido de dos reales, ni para un pitego de papel de diez céntimos*.

Lo cual no obsta á que se haya sentenciado que se ha de defender como rico, porque su mujer es rica.

Lo de que el duque no vea un céntimo de los productos de los bienes de su mujer, después de habérsela obligado á gastar lo suyo, es una bagatela despreciable.

Y que se haya sentenciado que el duque es rico para litigar con su mujer, y pobre para litigar con terceros, también es otra bagatela.

XIII.—Imposibilidad del duque para ir á Xilopos ha más de cinco años

—Por último, lo dicho demuestra que el duque viene ha más de cinco años

careciendo de dinero y absolutamente imposibilitado también para todo viaje por su cuenta.

Cosa que estimo, por lo que después expondré, decisiva en la causa sobre fabricación de moneda falsa, por que ha sido procesado el conde duque.

XIV.—*Pequeña digresión en que se deducen algunas consecuencias de lo dicho respecto al matrimonio en España.*

Sentado lo expuesto, dígame (y permítasenos esta pequeña digresión) si en un país en que tales monstruosidades suceden sin que á ninguno de los jueces y tribunales que las ejecutaron se les haya exigido la menor responsabilidad, pueden casarse, sin hacerse aspirantes á un manicomio, más que los ignorantes de lo que sucede y los imbéciles, á ninguno de los cuales puede curar el manicomio sus deficiencias psíquicas.

Y cuenta que esto es de aplicar aunque se trate de mujeres que, no ya antes del matrimonio, sino durante los dieciocho años siguientes á éste, como sucedió con la condesa-duquesa (ó durante todos los años que pasen hasta que las pica la tarántula ó lo que fuere), merezcan á sus propios maridos el concepto de angelicales y ejemplares.

Siendo lo peor que lo que dejamos apuntado (con la inmensa secuela de desdichas consiguientes á la imposibilidad de regularizar nuevamente la vida, y con que el único placer que resta á los cónyuges incompatibles es hacerse todo el daño posible mientras alienen), seguirá ocurriendo hasta que se establezca entre nosotros el divorcio verdad, que tienen las naciones más cultas; con disolución del vínculo, para los casos de absoluta disociación de las almas.

Y sucederá también mientras la responsabilidad judicial siga siendo un mito, por estar bajo la decisión de los compañeros de carrera; quienes (no sabemos si por un consciente ó inconsciente, «hoy por tí, mañana por mí») jamás, ó poquísimo menos, ven motivo para condenar; y siempre, ó también poquísimo menos, hacen polvo á quien se queja.

Así se explica que en la brumosa Inglaterra, en la patria de las frías yankees y en otros países donde el divorcio verdad *quoad vinculum*, se halla establecido, el número proporcional de matrimonios llegue al 12 por 100 y que en nuestro ardoroso país, con nuestras ardientes huries, no pase del 8. El vulgo no sabrá á ciencia cierta que las causas son la indisolubilidad del vínculo y las aberraciones judiciales; pero son muchos los que sienten que el matrimonio entre nosotros es algo tremebundo en muchos casos.

Por lo que se impone hacer disoluble el vínculo matrimonial y someter á la decisión del Jurado los procedimientos en que se exija la responsabilidad á los juzgadores.

XV.—*Hechos interesantes que estimo íntimamente relacionados con el procesamiento del Conde-Duque en la causa por falsificación de moneda.*

Como dejamos sentado bajo el número XIII, desde el año 1905 ha sido imposible al conde-duque salir de Ma-

drid, y, por tanto, volver al cortijo de Holopos.

Yo testifico aquí (como mis pasantes y yo estamos dispuestos á hacerlo ante toda autoridad judicial que sobre ello nos pregunte sin pretender que vayamos á Guadix, pues para esto no tenemos tiempo, ni dinero), que desde el principio del otoño del expresado año 1905, hasta fin del verano de 1907—(tiempo en que tenía á mi cargo la dirección general de los muchísimos asuntos jurídicos y contenciosos del conde duque—ni un solo día de trabajo (excepción hecha de los pocos en que estuvo enfermo y yo fui á verle y conferenciar con él), ni casi ningún día de fiesta transcurrió sin que el conde duque fuera visto en mi despacho.

Y testificamos igualmente de que, durante todo ese tiempo, el Duque, á virtud del embargo total que se le hizo á instancia de su mujer, ha estado casi siempre sin el dinero necesario para hacer un viaje á Holopos, y hasta para pagar las modestas casas de huéspedes en que ha vivido y de las que le han echado por falta de pago y promoviendo contra él reclamaciones judiciales.

Si el Duque hubiera tenido en Holopos los mil y pico de discos de plata que el «Nuevo Mundo» nos mostró fotografiados cuánto no habría corrido algunas veces para traerlos?

—Además, hará tres años que por exhortos del Juzgado de primera instancia de San Vicente de Sevilla, emanados de autos promovidos por la señora condesa-duquesa, sobre alimentos para la misma, se embargaron ó reembargaron todos los productos de los bienes de los duques (entre ellos los cortijos de Holopos y del Znete ó de las Salidas), y se nombró administrador judicial á quien propuso la representación de la duquesa en Guadix.

Y dicho administrador judicial, como mandatario del Juzgado que lo nombró, se hizo cargo de los expresados cortijos.

Por consecuencia, puede decirse que dichas fincas HAN ESTADO, á partir de dicho embargo, EN PODER DE LA JUSTICIA y de la inmediata disposición de los representantes de la duquesa.

—Conviene por último, saber (porque es antecedente importantísimo), que, habiendo tenido noticia el conde duque de que muchos colonos de fincas de su mujer, de acuerdo con el administrador que sustituyendo el poder del duque puso la duquesa antes de que dicho poder le fuera revocado; con un abogado de Guadix y con un escribano del Juzgado de primera instancia de dicha ciudad, habían otorgado documentos y firmado actuaciones á juicio del duque falsos y defraudatorios—presentó, en 19 de Julio de 1907, en la Fiscalía del Tribunal Supremo, una denuncia tan importante que se nombró un juez especial.

EL MARQUÉS DE ZAFRA

(Continuad.)

El suplicio del agua

Fácil es comprobar lo que tiene de exacta la siguiente experiencia, que se dice hecha en París.

Como un profesor explicara una vez

en lo que consistía el tormento chino, uno de los alumnos se echó á reír, y el profesor le dijo que él no sería capaz de resistir un litro de agua cayendo gota á gota en su mano. Al efecto, se llenó de agua un recipiente de dicho volumen con un pequeño agujero en el fondo, y el incrédulo alumno extendió su mano dispuesto á recibir el litro de agua.

El profesor iba contando las gotas. Al principio el alumno conversaba alegremente con sus camaradas. Cuando hubieron caído doscientas gotas, el semblante del mismo comenzó á despojarse de su anterior jovialidad. Al caer trescientas su mano se puso roja y comenzó á inflamarse. Al poco tiempo la piel se abrió. Y antes de las quinientas gotas el alumno declaró que le era imposible resistir más tiempo aquella tortura.

Esta explicación, que tomo del *Boletín del Colegio Médico-Farmacéutico*, del Ferrol, da una idea de la horrible maldad de los inquisidores, que con tanta frecuencia aplicaban el tormento de la gota de agua á sus víctimas, y hace maldecir á la religión que lo ordenaba, lo aplaudía y lo explotaba.

Si la Humanidad no fuese tan estúpida en conjunto, ¿qué había de profesar ya religión ninguna?

Un hecho como ese hubiera bastado para acabar con todas.

LÁMINAS DE PROPAGANDA

Tiradas en cartulina al tamaño de 85 por 50 centímetros.

Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid en 29 de Junio de 1680. (Cuadro de Ricci.)

Representación de algunos de los tormentos aplicados por la Inquisición.

El inquisidor general Pedro Arbués condenando á la hoguera á una familia de herejes. (Cuadro de Guillermo Kaulbach.)

Precio, 50 céntimos cada una.

Al tamaño de 43 por 25.

Auto de Fe, presido por Santo Domingo de Guzmán. (Cuadro de Berruguete.)

Fusilamiento de Rizal en Manila.

El quemadero.

El tormento de la puela.

La Saint Barthélémy.

El tormento del aspa.

Auto de Fe en España, en la Edad Media. (Cuadro de Robert Fleury.)

Abjuración de Galileo. (Cuadro de Robert Fleury en el Museo de Luxemburgo.)

Los emparedados de Carcasón.

Precio, 25 céntimos cada una.

Veinticinco por 100 de descuento los correspondientes.

Mi noche de boda

Conferencia popular (1)

El recio temporal que se ha desencadenado esta tarde había aconsejado á los organizadores de este acto su aplazamiento, anunciado por pregón.

Los ampurdaneses habéis querido demostrar que no os amilana el viento que barre estas calles y habéis llenado el salón de hombres bragados cuando precisamente el tema propuesto iba dedicado á las mujeres, como primero de una serie que pienso dedicar sobre la conquista del alma femenina, hasta aquí relegada por los apóstoles liberales á la oratoria del templo y á los ardidés del clero.

Procuraré premiarlos á los que habéis tenido valor de desafiar la tormenta que ruje furiosa orquestando este discurso, y sobre todo á vosotros, los que para venir á oírme habéis cruzado los barrancos y sorteado los precipicios que os separan de vuestros pueblos; á todos os premiaré el esfuerzo dándoos, no una conferencia doctrinal, sino algo mejor y más delicado.

Todos sabéis, por ser la nota del día en la comarca, que ayer me he casado, ahí, en Cerbère. Seguramente sería apetitoso para vuestra curiosidad verme la cara de novio y penetrar mi intimidad en esta ocasión trascendental para todos y más para mí.

Ese obsequio voy á haceros, de dejaros penetrar en la alcoba de mi alma en la situación en que se encontré anoche en el primer momento de hallarnos solos con mi esposa, y en el primer momento en que la soledad dio lugar á mi espíritu de concentrarse en sí mismo para examinar y proyectar luego su mirada á su derredor, el derredor digo, del espíritu, ó sea el mundo interior de la conciencia, tendiendo gradualmente la mirada sobre el espacio y sobre el tiempo á lo lejos de uno y otro á fin de hacerme consciente de mi posesión en el universo y establecer con él las relaciones que el nuevo estado me impone.

Y así os invito á penetrar en mí, durante este rato, en que voy á procurar haceros ver el mundo con mis ojos, oírlo con mis oídos, comprenderlo con mi cerebro y sentirlo tal y como yo lo sentía anoche: esperando que al esfuerzo que yo voy á hacer para comunicaros mi sensibilidad, respondáis con el vuestro de adquirirla en un trabajo de fusión momentánea de nuestras almas que van á vibrar al unísono.

Mi peregrinación

Lo primero que se me ocurrió al caer en la silla fué sentir el cansancio de la penosa peregrinación de cuatro años, hecha en busca de un pabellón legal para mi matrimonio, ferozmente maldecido por la Iglesia é impedido por el Estado, encarnados éste y aquélla en las personas de un Ministro, un Papa y unos cuantos funcionarios.

La sensación continua que me acompañó en tal peregrinación de Barcelona á Madrid, á Roma, á París y por fin á

Cerbère, fué de sentir en cada uno de esos funcionarios la presencia de un tirano foragido que, armado de cañones y acorazado de la impunidad, venía á arrancarme de mis brazos á mi esposa, que me pertenecía con esa legitimidad superior á todas las leyes salidas del cerebro humano, la legitimidad del amor, anterior á toda Iglesia, y á toda constitución política, y por ende independiente de ellos: porque el amor existía ya soberano, cuando no habían nacido esas soberanías convencionales; y él era ya santo y virtuoso, antes que soñasen en la moral las religiones y en leyes la política. Amor más fuerte que las iglesias, pues se rebela contra ellas y las reniega y pisa y profana cuando se le atraviesan en su camino: amor más fuerte que las leyes de las naciones, pues vuela por encima de todas las fronteras geográficas, étnicas y legales, y renuncia á capricho nacionalidades y razas, teniendo por ley su voluntad, por patria su nido, por moral sus encantos.

Así al amor sacrifican sus patrias los vasallos, sus votos los Papas, sus tronos los Reyes, sus dioses los fanáticos. Que por él es ley que el hombre dejará padre y madre naturales, cuanto más sus madres y padres artificiales que jamás pueden pasar de padrastrós. Que por él sacrifica el hombre la vida, que es su todo, sin la cual no hay moral ni religión, ni ciudadanía; porque el amor es el corazón y el alma, y el hombre sin corazón y sin alma es un muerto: y si vive, es menos que un muerto, es un cadáver semoviente en vida macabra y monstruosa.

Y este amor, único soberano de los corazones, que junta los corazones en una corriente de ansiedad de vida, como polos de una pila, con su electricidad irresistible del instinto arrastra los seres á su destino. ¡Ay del que se rebela! y ¡ay del que esté solo! porque en su arrastre fatal lo mismo eleva que degrada: al hombre hácele bestia y al que no quiere ser bestia hácele menos que bestia, sin que existan seres privilegiados.

Aun los mismos seres andróginos, tipo perfecto del monacal, al tener noción del amor, reniegan de su sexo, sin excepción en el Universo, sin que las mitologías hayan sabido hallar el ser privilegiado, aun en el orden espiritual, pues si los místicos han llegado á hacer perder al diablo su espiritualidad para vestirle la carne humana con que poder sentir las pulsaciones de la mujer, también Lamartine vió caer en igual tentación los querubines en su visión de la *Caida de un Angel*, y los mitólogos hubieron de confesar en sus Dioses la sumisión á esta ley obligándose á tomar el disfraz de faunos, y el propio Jehová, el Dios terrible de los judíos y el Dios implacable de los católicos, el mismo Jehová enamoróse de María y la hizo Madre de su Hijo, como Buda, cansado de Androgenia, se prendó de la mujer y engendró á Brahma.

De este modo se funden en la especie humana las especies todas racionales, desde la Divinidad suprema, al Lucifer del profundo, cayendo de hinojos ante la mujer; y el hombre que se rebela contra ella, perseguido por ella ha de huir como fiera á las selvas, donde le espera la degradación de la especie, bien con la locura que le matará la ra-

zón para dejarle la figura humana, bien con el vicio degradante que le conservará la razón matando la figura humana, amasándola con la de los brutos.

Este amor, soberano de dioses y de diablos á quienes arranca del Empíreo y del Averno con la facilidad con que transporta fronteras y allana leyes; este amor me había adjudicado el corazón de una esposa.

Y en ese corazón veía yo agitarse con anhelos de vida, pidiendo personalidad á los hijos futuros de este amor. Hijos que yo veía vivir ya con personalidad propia y real, que yo sentía, con indefinida fisonomía física en nuestros organismos, pero con fisonomía moral perfecta en nuestras conciencias, tanto más acreedores al respeto cuanto más incapaces de pedirlo; tanto más constituidos en derecho, cuanto más impotentes para hacerlo efectivo.

Y con esta sensación moral, con esta visión de la conciencia, tan esplendente que á veces con su fulgor llega á convertir en tinieblas la luz física; con esta visión moral clara, cierta é indubitante, al encontrarme con el Tirano de dos cabezas. Estado é Iglesia, veía y sentía como se pueden sentir y ver estas cosas, que el monstruo arrancaba de mis brazos mi esposa con las tenazas del anatema, y aplastaba con el mazo de las leyes mis hijos indefensos; esos hijos tanto más puros cuanto más espirituales, tanto más queridos cuanto más hijos de la conciencia; y entonces ¡amigos míos! sentía hacia el tirano el odio y la irritación que el esposo siente contra el raptor de su esposa, y que el padre siente contra el asesino de sus hijos.

Y sentía crisparse mis nervios y atezarse mis puños y vibrar frenéticos los músculos, y calambrear los tejidos como fibras de hierro, para precipitarme contra el Tirano y estrangularlo, á fin de salvar mis hijos y mi esposa, mi amor, mi corazón, mi conciencia, mi alma; y si no, agarrarme á él en lucha de muerte, que tal es la vida del padre y del esposo: luchar, trabajar y morir por el amor de los suyos, porque ellos son la vida y la muerte perennes, la vida inmortal y la muerte regeneradora. Esta sensación expresela en las cámaras episcopales, é hice temblar los Obispos; en los salones de la Nunciatura, é hice temblar sus agentes; en las oficinas del Ministerio, é hice temblar sus empleados.

Yo les retaba á que delante de mí y mano á mano se hiciesen encarnación moral y plena de la Iglesia y del Estado, replicando á mis provocaciones; pero, no: al ver mi alma enmudecían, palidecían y se encogían de hombros, y tomaban el gesto de un pobre verdugo cobarde encerrado con una víctima agresiva. ¡No eran el Estado ni la Iglesia; eran sólo sus instrumentos! Aquellos, se evaporaban; no me encontraba con ellos; fantasmas impalpables, sino con sus esclavos míseros é irresponsables.

¡Ah! si en una de aquellas cabezas visibles hubiese podido condensar y comprimir la vida toda de esos fantasmas invisibles, no existiría ya el Tirano y su cabeza sería trofeo que pasearía por el mundo.

Pero me encontraba con concreciones irresponsables de una personalidad que se desvanecía en el espacio y en el

(1) Dada en el salón teatro de Port-Bou por Pey Ordeix, la noche del 4 de Enero de 1911, y que va incluida en el libro titulado *Proceso y fin del celibato en España*.

tiempo; personalidad que no vive limitada en nadie y que vive alentando en todos; mi gresión no podía ser castigo de un infame, sino que habría sido crimen en un desventurado; y ahí me téreis... llevando por el mundo durante cuatro años esta conciencia que crispaba mis nervios disparando rayos, y que frenaba el disparo y los contenía; vida de sacudida continua y de continuo temblor entre dos emociones contrarias.

Y este era el resultado: me sentía condenado a llevar la figura humana, y la Iglesia y el Estado me decían: *no eres hombre*.

Inútiles fueron mis alegatos y mis suplicas: mi Patria me desterraba del derecho humano. Mi Patria me decía que mi esposa no era mía, que no eran míos mis hijos, que mi amor era un delito, que mi corazón era deformidad, que mi razón era locura, que mi derecho era falso.

Añoranza de Patria

Durante cuatro años estuve andando por España, de cámaras episcopales á oficinas, pordiosero de puerta en puerta hambreado justicia, sin ver en las placas anunciadoras más que los edictos fatídicos: «anatema impedimento». Doquiera que pidiese de la Madre Iglesia y de la Madre Patria, de esa á quienes me habían enseñado á llamar *Madres*, el socorro para mi familia moral, saían sus porteros ofreciéndome la infamación para mi esposa y la ilegitimidad para mis hijos.

¡Yo no podía creer que una Madre diese á beber hiel y vinagre á su hijo febricitante, y hube de preguntarlos y preguntarme. ¿Sois reamen a mi Patria?

Patrias temporales y patrias definitivas

Por qué, amigos, la Patria no está sólo en la cuna del individuo y tumba de los padres. Está también en la tumba del individuo, cuna de los hijos, que con las otras limitan la vida palpitante del hombre.

Y aún esa vida palpitante que comienza en la cuna y termina en la tumba, no es la vida integral del individuo cuido, en cuya conciencia vive como presente la vida de su linaje, siendo padres suyos todos sus antecesores, y siendo hijos suyos todos sus descendientes. La vida *viniente* y la vida *ente* son proyecciones en línea recta de la vida individual, que es un punto en la gran línea de la perennidad, y un día y una noche para la vida del linaje que despierta al amanecer el nuevo ser á la luz del sol y se sepulta en su censo en la muerte.

A unas vidas precedente y subsecuente palpitante en el sujeto con alternativas de vaivén del espíritu, que va de la veneración y culto del pasado al anhelo y ensueño del porvenir; y con alternativas de vaivén del cuerpo, que está en nacimiento continuo y en continua muerte, oscilando en el camino que recorre atado al impulso del tiempo pasado y á la atracción del tiempo futuro, conteniendo los misterios del linaje aquel en la historia, y éste en el presagio.

Ved aquí, amigos míos, cómo la Patria considerada como fenómeno de tiempo, se divide en tantas patrias

cuantos fueran los domicilios de nuestros antepasados, y cuantos serán los de nuestros venideros, cuya vida física proyectan la nuestra física transformándola, y constituyen la parte más noble de nuestra vida moral con el amor de los padres, resumen del pasado y con el amor de los hijos, resumen de lo futuro.

Pero cuando el hombre sea capaz de avejetarse, o avándose como planta en un punto de la tierra, el linaje no puede arraigarse y es llevado de uno á otro lado por los acontecimientos múltiples de la complicada historia humana. La Patria no es sólo fenómeno de un tiempo localizado, sino de una vida movida y semoviente en busca del medio indispensable y mejor.

Nuestro linaje ha seguido estas leyes desde el principio y las seguirá hasta el fin.

Y si padres debemos llamar y como tales debemos amar á las generaciones que nos precedieron, hasta el principio, hijos son y como tales debemos amar á todos los que han de sucedernos.

Y ved ahí, amigos míos, que, siendo esto así, doquiera hay una tumba de nuestros antepasados, allí está una patria del pasado, y doquieran hayan de nacer nuestros hijos, allí está nuestra patria futura. Y como esta vida es la integral del hombre, así esta es su patria integral.

¿Quién puntualizará ahora su patria? ¿En qué región podrá posar su pie sin correr riesgo de profanar un hueso de sus mayores, y sobre qué punto dirigirá su maldición seguro de que la tierra por él maldecida no sea su patria futura?

Toda patria es temporal: la única definitiva para la Humanidad presente es el planeta, y esta zona biótica que también cambia al empuje del Tiempo.

Ved ahí, amigos míos, el concepto Patria sometido á las leyes de la vida.

También el Tiempo establece fronteras y patrias.

El tipo humano ha cambiado y está cambiando en lo psíquico y en lo físico. Los hombres de cien mil años atrás, nuestros progenitores, hasta aquí habían sido arrojados de la Humanidad civilizada y contados entre las bestias de las selvas.

Inútil es, amigos, estar en su patria si no se está en su tiempo. Las afinidades de raza, de pueblo, de linaje, y aun de religión, no dejarán subsistir al que nació con figura y carácter retrasado, de tipo perteneciente á pasados siglos, ó con carácter precezo, anticipado á los siglos actuales.

La moral, la religión y la política se pondrán de acuerdo para fijar el límite de esta zona del tipo *tolerando*: ellas fijarán el modelo de la figura humana como en lo físico, y al que no se someta le declararán *extráneo al tiempo*, enviándole con los muertos de los pasados siglos, si es retrasado, ó enterrándole para que no resucite hasta que llegue su tiempo en los venideros, y cautivo de la fatalidad: su Patria.

¿Cuántos cuerpos y cuántas almas hay extranjeras al tiempo por retardo ó por anticipo! El que fué tipo de belleza en un tiempo, es reputado como monstruoso en otro. Y este fenómeno que en lo físico alcanza períodos difíciles de someter á medida y calificación, en lo moral, que es más voluble, vemos

á unos siglos erigir estatuas como santos á los que fueron considerados patibularios en otros siglos.

Así es, amigos míos, cómo algunos encuentran su espacio, y otros encuentran la Patria del espacio y no la del tiempo. Sólo la inteligencia superior, adaptable por la razón á todos los espacios y tiempos, sólo ella sabrá encontrar su patria en el Universo, reconociendo como hermanos todos los seres y como morada todo destino, que por duradero que sea, siempre es transitorio.

¿DÓNDE ESTÁ MI PATRIA?

Pero el hombre no es simple inteligencia perenne, sino que tiene una vida limitada, y para ella debe buscar su patria.

¿Dónde estaba esta Patria mía? En España estaban los huesos y las historias de los míos en lo pasado; pero los míos del porvenir estaban expulsados de ella por las leyes.

La patria de los cuerpos era esta: un panteón para los muertos: una cuna para los que han de nacer.

Pero el hombre no es sólo cuerpo: es además un espíritu, y el espíritu, como el cuerpo, tiene también su linaje, sus razas, sus pueblos, sus costumbres, su domicilio, su patria, á la cual corre, y en esa su patria se domicilia, siendo las otras su destierro.

Patria del artista son Roma y Atenas: patria de las almas cristianas y judías fué Jerusalén: patria del arqueólogo fué Egipto.

Es que hay patrias, no sólo para el conjunto del cuerpo, sino para cada uno de los sentidos, y asimismo hay patrias particulares para cada uno de los sentidos del alma.

No: la patria no es una jaula donde sentar el pie, respirar el aire, contemplar el cielo, medrar, envejecer y morir vegetalmente; esa patria del cuerpo lo mismo puede ser trono que patíbulo: escenario ó cárcel. También el espíritu tiene su vida y sus necesidades: él busca sus semejantes entre los pueblos de distintas razas físicas, para componer el *pueblo espiritual*. Y si el cuerpo necesita aire y cultura de miembros para que su hogar no sea presidio y patíbulo, así el espíritu necesita la patria social afirmada por el Derecho que sirva de base á su personalidad moral; necesita la libertad que le sirva de oxígeno; la armonía de la civilización que equilibre y suavice los movimientos de la vida jurídica.

¿Qué sacamos de una patria del cuerpo, si de ella son desterradas las almas? ¿Qué sacamos de una nacionalidad que nos declare suyos por nuestro nacimiento fatal carnal, si se nos hace extranjera para nuestras ideas, para nuestras ansias y para nuestras necesidades morales?

Puesto en el caso de tener que elegir, el hombre sin alma cultivada arraigará en el terruño donde nace, vegeta y muere; pero el hombre espiritual sacudirá las alas del espíritu, y como ave peregrina emigrará á las regiones donde el ambiente moral no asfixia; y si no puede levantar el vuelo, se sentirá prisionero y cautivo de la fatalidad: su Patria del cuerpo será destierro para su espíritu.

(Continuara)

COSAS QUE HE OICHO

Los frailes, especialmente los jesuitas, hacen correr la voz de que tienen sus edificios bajo bandera extranjera, y que ni el pueblo en revolución puede osar á ellos, porque vendrían graves complicaciones para España.

Oíno que no saben lo que es un pueblo en revolución: un salvaje tan caprichoso como el Sigismundo de la *Vida es sueño*, que basta que le digan que no puede hacer una cosa, para que la haga.

«Cavó del balcón al mar;
¡vive Dios que pudo ser!»

Pero vamos á suponer que un día se levanta el pueblo, y que entra en los conventos y hace de las suyas.

¿Cómo resolver el conflicto? Pues de esta manera práctica y sencilla:

Se decreta el embargo de todo lo que posean los clericales y sus afines, se vende en pública subasta en el plazo máximo de treinta días y se guarda religiosamente el importe.

Si vienen reclamaciones (que quizás no vengan), se las atiende, después de llenarse los trámites indicados para esta clase de asuntos, se abona lo que sea con aquel dinero tan previsamente guardado, y en paz y gracia de Dios.

De este modo quitaremos de encima el conflicto que nos están preparando los clericales, y aun pudiera ser que nos sobrase algún piquillo para mantener en la cárcel á quienes protestaran de una equitativa y patriótica medida.—1896.

Dicen de Don Benito que se han declarado en huelga los esquiladores.

Pero roos alegréis, contribuyentes, que han sido los del ganado larar.

Los gobiernos monárquicos y el clero no piensan en imitarlos.—1893.

Mis higiene y menos rezc; más jabón y menos agua bendita; más perfume de violeta y menos incienso; más risas en el hogar y menos cosas tristes en la iglesia; más besos á los niños y menos zallemas al fraile; más limpieza, en fin, y mejor gusto, y más alegría y más cariño.

A vosotras me dirijo, señoras que os dedicáis á la beatitud, y que por la esperanza de ganar el cielo hacéis imposible la vida á todos los seres que os rodean en la tierra.

El suponer que se tiene el alma limpia, no da derecho a llevar el cuerpo sucio. Por lo tanto, ahorrad respuestas y comprad jabón.

¿Que no sabéis qué es eso? Yo os lo diré. Es un compuesto artificial de un álcali y un aceite que se disuelve en el agua tintándolo de blanco y formando espuma. Se emplea por las personas no beatas para lavarse el cuerpo y blanquear las ropas. Su precio no es alto.

Con el importe de una misa se pueden adquirir varios kilos.

Nota.—También lo hay fino y perfumado. Pero éste es más caro. Y para empezar, con el común basta.—1901.

Se engañaría quien creyere que soy enemigo de la teología. Lo que tiene es que nunca quise aplicarla indebidamente.

Tuve siempre mucha; mas para los pobres, para los humildes, para los perseguidos; para los que trabajan y no comen; para los que lloran y no son consolados; para los que, impulsados bruta mente por el instinto, se enredan en las mallas del Código Penal.

¿Pero para los dominadores, para los engañadores, para los soberbios?... ¿Para los que quemarían si pudieran y maldicen porque no pueden quemar?... ¡Ojalá! ¡Para esos no; para esos no!—1898.

En Cuevas Altas hay un cura que es alcaide además.

No viviría en ese pueblo, aunque me señalaran 25 duros diarios.

¡Las leyes humanas y las divinas en una mano! ¡Y de presbítero!

¡Vade retro!—1882.

Cada vez que se pacta una nueva Unión entre nosotros, coincidiendo casi siempre con la proximidad de unas elecciones para diputados á Cortes ó concejales, pienso en aquel *perdis* que para ganarse la vida dedícase á decir misas sin ser cura. Al descubrir el engaño y ser interrogado por el obispo acerca de lo que pensaba al consumir diariamente el sacilegio, contestó con voz compungida:—«Sñr: cada vez que me volvía al público, en vez de *dominus vobiscum*, decía entre acongojado y temeroso: ¿En qué pararán estas misas?

Y pienso en esto, porque yo también sueo decir al ver lo entusiasmos á que mis correligionarios se entregan, los abrazos que se prodigan y las esperanzas que mutuamente se infunden en tales casos: ¿en qué pararán estas misas? Y me echo á temblar por el porvenir de la Unión, que generalmente empieza ya á oscilar al desvanecerse el eco de los fervorosos vivas disparados á los candidatos triunfantes.—1897.

Los panaderos se niegan á fabricar pan francés mientras se les exija que tenga el peso correspondiente.

¡Escrupulosos industriales! No quieren robar sin autorización.—1892.

Si os apoderáis de un millón de duros, os juzgarán hombre de genio; y si de cien mil duos, dirán que sois nabif.

Veinticinco mil duros embolsados distraíentemente, constituirán un error de caja; pero de diez mil para abajo la cosa se agrava y la palabra irregularidad no tarda en pronunciarse.

A los mil duros empieza la ilegalidad,

que se transforma en abuso de confianza desde el momento que la suma usurpada no pasa de quinientos duros.

Si escamoteáis á un vecino cien duros, seréis ya un ladrón; y si cinco solamente, un ratero.

Pero, si robáis un panecillo, estaréis perdido para siempre, porque habéis ofendido de tal modo á la sociedad, que os extirpará de su seno... metiéndos en un presidio.—1885.

La Unión Católica escribe un artículo titulado: *Ya no hay vergüenza*.

Efectos de no frecuentar los sitios donde existe.—1890.

Las últimas noticias de China dan cuenta de la agitación que hay en algunas comarcas contra los cristianos. Han aparecido pasquines ofreciendo mil pesos fuertes por cabeza de misionero.

¿Necesitar ese ofrecimiento los aficionados para dedicarse á cazar misioneros?

Los católicos son más desinteresados: lo dicen de balda. Verdad que la católica es la única religión verdadera.

No quiero ni pensar en lo que ocurriría en España si se cotizasen á cinco duros siquiera las cabezas de los que no comulgan en la iglesia católica. Habría clerical que saldría á 100 duros diarios. ¿Qué menos para satisfacer modestamente su fervor religioso-caribe, que el corte, entrega y cobro de veinte cabezas diarias?—1899.

En una causa por robo de cuatro conejos hay que pagar 545 pesetas de costas.

Conejos caros he visto, pero como esos ninguno.—1898.

Las insurrecciones carlistas, que aparecen siempre con carácter político, toman desde los primeros instantes el aspecto de un feroz bandolerismo.

Puñados de facinerosos asaltan los pueblos, roban y saquean, castigan con la muerte al que no los sigue, asesinan á seres indefensos, violan mujeres, y cometen, en fin, toda suerte de actos criminales.

Por donde quiera que pasan, reducen los pueblos á la miseria, desvalijan á los viajeros en los caminos, destruyen el telégrafo y los ferrocarriles, asesinan á maquinistas y fogoneros, incendian las estaciones, levantan la vía, hacen descarrilar trenes, y todo al grito de ¡viva la religión!

Por esto no es posible dar á los carlistas el nombre de partidarios de una idea, pues desde el primer instante se colocan fuera del derecho de gentes señalándonos la conducta que debemos adoptar para concluir de una vez con esa raza cruel de bría, escapulario, son tana y trabuco.—1885.

Un maestro clerical de Vergara arre

ta á los niños por no ir á las vísperas, y otro los azota en cuanto hacen algo que no le agrada.

A esos maestros habría que enseñarles algo, aunque fuera el camino de la cárcel. Y no digo el de la celda, porque de seguro lo saben.—1895.

La asociación de *Padres de familia* ha publicado una relación de los servicios que ha prestado en el año 1893. Entre los que enumera, me fijo en los siguientes:

Jóvenes libradas al ir á ser seducidas, 30.

Casas de perdición cerradas, 9.

El primer servicio, repetido treinta veces nada menos, no me lo explico, entre otras razones por aquella que ya daba Quevedo acerca de la escasez de virginidades en su tiempo, si bien me admira la oportunidad de los Padres para evitar la catástrofe en el acto mismo de irse á verificar. Es lo que se llama estar oportunamente al quite.

Lo de haber cerrado nueve *casas de perdición*, tampoco está para mí claro, ni veo la utilidad del cierre, habiendo tantas otras que podrán dedicarse más desembarazadamente á la tarea de *perder* jóvenes sin temor á la excesiva concurrencia. Esto, más bien que acabar con el vicio, es centralizarlo. Si las casas que quedan no son ingratas, pueden parciar una frase célebre, dedicando un monumento á la Sociedad en que se lea:

*A los Padres de familia,
la industria de las casas de
perdición reconocida.*

Voy á abrir una información curiosa, que va á consistir en lo siguiente:

1.º Averiguar quiénes son los propietarios de las *casas de perdición*.

2.º Averiguar las cofradías á que pertenecen sus propietarios y los conventos y parroquias que frecuentan.

3.º Averiguar si los Padres de familia figuran por casualidad en estas listas y

5.º Publicar el catálogo de señores hacendados católicos que mantienen frailes, curas, misas y lámparas con el *aceite* sacado de la prostitución.

Y será de ver el resultado.—1894.

Seiscientos arrobas de oro van á gastarse en construir un acorazado.

Alguien saldrá bien blindado de ese metal.—1884.

Hacer creer á los enfermos que están sanos, es la forma más delicada de la piedad; pero tiene el inconveniente de que puede en ocasiones impedir ó retardar la oportuna aplicación del remedio que lo salvaría, y, por tanto, morir se el enfermo.

De igual manera, entretener las esperanzas de los republicanos con anuncios de próxima implantación de la República, es consolador; mas tiene el inconveniente de que á la larga puede matar la fe.

Cada vez que oigo, ó leo, ó me dicen que fulano ha dicho que para el día tantos de tal mes, mi primer movimiento es de franca alegría.

«¡Ahl! ¡Por fin!, exclamo. ¡Ya no me moriré sin verla!». Y añado con el poeta:

¡El cielo me debía
tras de tanto dolor, tanta alegría!

Mas ¡ay! que mi contento se desvanece cuanto me pregunto, ya un tanto serenado:

¿Pero quién va á traerla? ¿Los que con nuestra conducta la ponemos en ridículo antes de nacida?

Entonces no vendrá. ¡Y ay de todos si viniese, á menos que no la precediera una revolución que comenzara á hacer justicia por nuestra casa!—1896.

Ha comenzado á publicarse un periódico titulado *El Eco de Ceuta*.

Si todos los que merecen estar allí se suscribieran, ¡qué gran negocio!—1883.

Ya los anunciantes ofrecen en los periódicos facilitar cruces, como si fuera mercancía de libre tráfico.

En todos los tiempos se ha especulado con esa quincalla de la vanidad, pero nunca con el descaro que ahora.

Es para lo único que hay verdadera libertad en este país: para la estafa y el robo administrativos.—1887.

Comprendo que entre cierta parte del público producirían más efecto mis escritos, si al tratar de cosas y personas (hasta cierto punto) eclesiásticas, lo hiciera siempre en tono tremebundo, y más si les aplicara los epítetos emparentados con los de *infame* y *canalla*.

Mas á pesar de comprenderlo, y de saber que les cuadran esos calificativos, no quiero emplearlos. Es más; la mayor parte de las veces no podría.

Y no podría, porque de tal modo veo cuanto se relaciona con la Iglesia, que solamente en la sátira y el chiste hallo palabras para combatirla; salvo alguna vez que la indignación me ordena imperiosamente obedecerla.

Y hablo de esto, para que no se molesten los amigos que me envían escritos en otro estilo del que empleo, pues, aun gustán dome, no he de publicarlos sino en casos muy excepcionales. Convencido de que á la gente de Iglesia le agrada que la traten de ese modo mejor que en broma, porque así puede darse tono de víctima, no les doy ese gusto. No me parece mal que lo hagan otros, mas yo no quiero hacerlo.—1902.

Se ha recibido un telegrama de Washington diciendo que ha disminuído el bandolerismo en Cuba.

Falta una aclaración: si se ha notado en el campo, ó en las oficinas.—1888.

Yo no lo veré. Tengo ya muchos años, y el pueblo español tardará algunos aún

en tener conciencia perfecta de su fuerza y enterarse de cómo debe emplearla.

Pero me encanta soñar con aquel día en que el Pueblo, barriendo la basura clerical, se lanzará con paso firme hacia la conquista de sus derechos y construirá el templo de su regeneración con materiales de justicia.

Bien entendido, que cuantos esfuerzos haga por regenerarse y redimirse serán inútiles, si no barre antes esa basura.—1904.

Una piadosa señora valenciana ha regalado al cura Galeote dos preciosas estampas de la virgen de los Desamparados y de San Vicente Ferrer.

Con 100 duros, ¡qué hermoso regalo! 1886.

No me extraña lo que los clericalecillos dicen contra mí. Me odian, me persiguen, y si pudieran exterminarme, lo harían. Por tanto, reconozco que están completamente dentro de su papel: canallas, pero consecuentes.

No me atrevería á asegurar lo de consecuentes tratándose de los republicanos que, en nombre de altos principios que profanan al invocarlos, hacen el juego á los clericales.

Y forzado á elegir, entre un Comillas ó un obispo pagando armas á los carlistas para que nos fusilen, y un republicano que va á misa, me quedaría con aquéllos; entre otras razones, porque hasta la hipocresía me resulta menos repugnante en un clerical que en un republicano.

En el clerical, es obligada. En el demócrata, ó calculada, ó espontánea.—1902.

La caridad cristiana no es generalmente otra cosa que una manera de vivir bien los intermediarios entre el que da y el que recibe.

Por esto, todo el que quiera dar algo á los pobres, debe hacerlo por propia mano, conforme á estos preceptos:

—«Jamás pongas alimento en la boca del hambriento sirviéndote de mano ajena.

—Nunca permitas que se interponga entre ti y el objeto de tu generosidad la sombra de tu vecino.

—Nunca des tiempo al sol para secar una lágrima antes de haberla tú enjugado.

—No des jamás por medio de tus criados dinero ó alimento al pobre que pide á tu puerta.»

¿Que cómo, siendo religiosos esos preceptos, los curas y los frailes procuran ser los repartidores de toda limosna? Porque no son esos preceptos de la religión cristiana, sino de la budhista, más antigua en millares de siglos.

Verdad es que harían lo mismo si los preceptos fuesen de la cristiana. Donde quiera que ven un ochavo, allí están ellos para llamarse á la parte.

O al todo.—1888.